

C.B. 1871072

5XIX/302609

TRADICIONES RELIGIOSAS DE ESPAÑA

PUBLÍCANSE, CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA,
POR EL NUEVO CENTRO DE PROPAGANDA CATÓLICA ESTABLECIDO EN MADRID,
CON LA APROBACIÓN Y BENDICIÓN
DEL EMMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO

LA VIRGEN DE LA PEÑA

DE BRIHUEGA

RESEÑA HISTÓRICA DE ESTA VILLA

Y TRADICIÓN

ACERCA DE LA SAGRADA IMAGEN DE MARÍA SANTÍSIMA
QUE EN ELLA SE VENERA

POR DON CAMILO PÉREZ MORENO



MADRID

TIP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Juan Bravo, 5 (barrio de Salamanca).

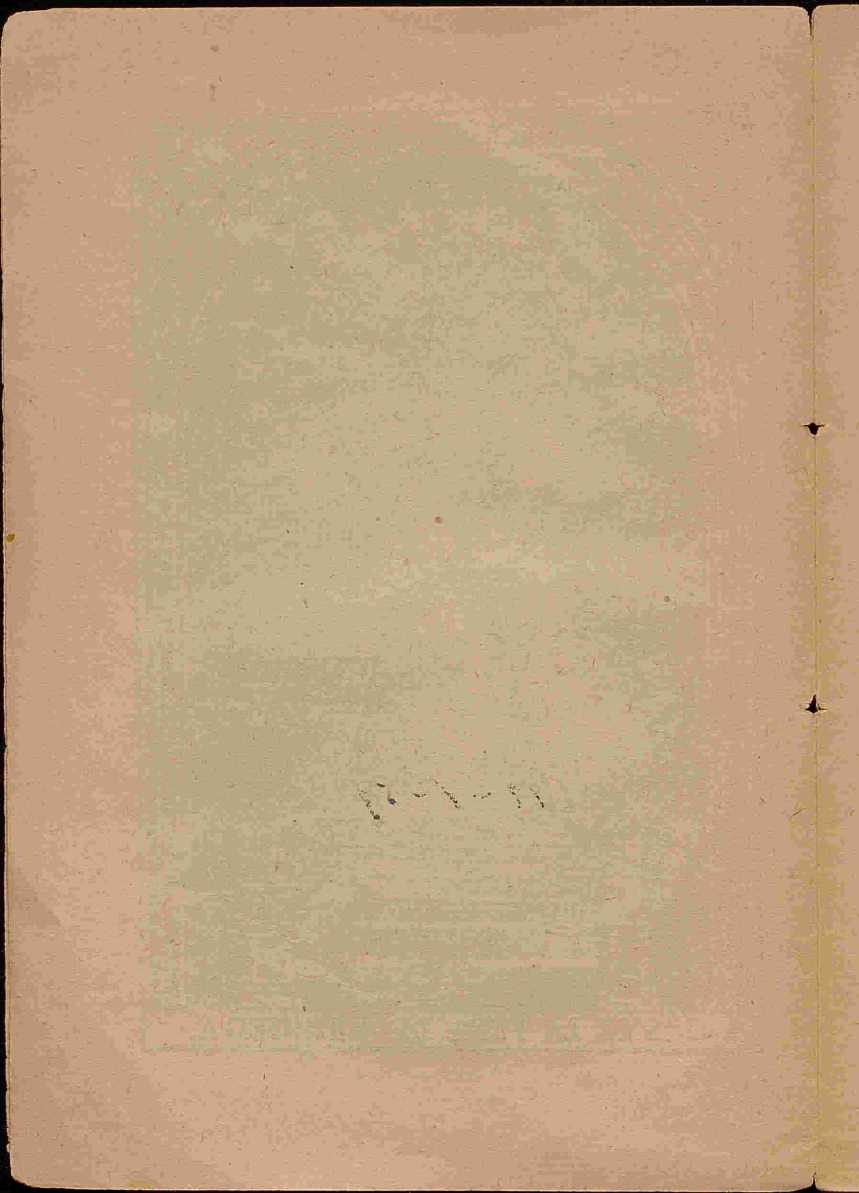
1884

R. 57.758



Es propiedad del autor, y todos los
ejemplares llevarán el sello del *Nuevo*
Centro de Propaganda Católica de Madrid,
sin cuyo requisito se considerarán
como ilegítimos.





964
37

FOL 80

Á LA GLORIOSA MADRE DE DIOS
SANTÍSIMA VIRGEN
CON LA ADVOCACION DE LA PEÑA

Dignaos, excelsa Reina de los Angeles, admitir la dedicatoria de este humilde libro, consagrado á loar vuestra magnífica historia. Bien sé no merezco el dulce nombre de hijo; pero contadme al menos en el número de vuestros esclavos.

Flor brillante de pureza, rogad á Dios tenga piedad de mi alma, redimida con la sangre preciosísima de Nuestro Señor Jesucristo. Obtened la gracia de una contrición sincera y perseverancia final á mi triste corazón, que cual su refugio ¡oh Santa Madre mía! os implora respetuoso.

Prosternado al pie de vuestro solio augusto os bendice el más ínfimo de vuestros hijos,

Camilo Pérez Moreno,

PRÓLOGO

El modesto trabajo que hemos osado emprender no es una obra de imaginación; de suerte que procuraremos conservarnos tan distantes del plagio como de la originalidad. Tiempo hacía que por nuestro virtuoso clero y demás personas de ciencia é ilustración se notaba un vacío que llenar, por medio de una historia no menos correcta que sucinta, en los fastos religiosos de Brihuega.

Nuestro buen deseo suple las dotes intelectuales que tanta empresa requiere. Es innegable la utilidad de un libro que fije la fugaz impresión de la palabra autorizada y elocuente que brota desde la cátedra del Espíritu Santo.

Las glorias de la Santísima Virgen, que con la advocación de la Peña es venerada hace muchos siglos en nuestra población natal, forma el grandioso asunto de este desaliñado bosquejo histórico, al que precede una reseña descriptiva de Brihuega, á fin de que pueda ser útil, no sólo á las personas piadosas, sino también á los niños, que deben conocer los anales de la población en donde vieron la primera luz del cielo.

Hemos consultado preferentemente la historia de esta milagrosa imagen, escrita en 1733 por el Rdo. Fr. Francisco de Béjar, sabio teólogo, quien

la redactó con presencia de los manuscritos de Ossorio, hoy desgraciadamente perdidos.

Mas como á pesar de la profunda instrucción del eminente é idóneo monje basilio resulta su libro fatigoso, por ser incoherente, difuso y lleno de digresiones, creemos que los oradores sagrados que anualmente hacen resonar las bóvedas del templo con los magníficos elogios de Nuestra Señora la Virgen de la Peña han de estimar la breve lectura de esta obrita, que les hace economizar un tiempo muy precioso.

Terminamos nuestra humilde tarea con una poesía, impresa en 1868, conmemorando un interesante episodio á la sazón acaecido. Al propio tiempo daremos gracias al ilustrado escritor, cronista provincial D. Juan Catalina García, y consagramos un recuerdo al malogrado D. Fernando Sepúlveda, quienes nos honraron con su amistad y consejos para la redacción de esta Memoria, que no inspiran la vanidad ni el deseo de lucro, sino el bien espiritual de los apreciables hijos de Brihuega.

Expresamos nuestra profunda gratitud á la distinguida Revista religiosa *Nuevo centro de Propaganda católica*, en Madrid, y á la devota Hermandad de Nuestra Señora de la Peña, en Brihuega, por su noble cooperación á realizar nuestro cristiano pensamiento.

NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA DE BRIHUEGA

I

Por sus condiciones geológicas divídese la provincia de Guadalajara en tres zonas diversas : Alcarria, Sierra y Campiña. Forma la primera en su longitud una cordillera curva, cuya cuerda es el Henáres, desde las cercanías de Sigüenza hasta las de Alcalá, y entre el Guadiela y aquel río se extiende su longitud, surcada por el Tajuña y el caudaloso Tajo.

En la España cartaginesa hallábase este país habitado por los olcades, subyugados por Anibal, que tal vez dieran origen á la voz *Alcarria*. Existían en aquesta región (según el historiador Tito Livio) las poblaciones de Altechia, Mediolum y Contrebia, cuya última ciudad cayó en poder del romano pretor Fulvio Flaco, casi dos siglos antes de la era cristiana,

Encargado Tarik de conquistar en la invasión agarena esta comarca, fatigosa para los ginetes númeradas por la aspereza de su suelo, la apellidó *Tzogur*. De la voz *Karia*, granja ó alquería en idioma árabe, precedida de su *Al* característico, dérivase la actual denominación, debida á su escasez de poblaciones y abundancia de riscos escarpados con una vegetación selvática, cultivándose únicamente sus vegas por sus diseminados indígenas.

Brihuega es una de las villas más antiguas y notables de la Alcarria; Ambrosio de Morales, Rodrigo Méndez de Silva, Ossorio, Castro, Alcocer, así como los PP. Heredia y Béjar, merecidos elogios la tributan.

Asentada á la parte septentrional del Tajuña en su margen derecha, en pedregoso declive, coronada por una cordillera de cerros eminentes que la resguardan del ábrego, dista 150 kilómetros de Toledo, de cuyo arzobispado se halla en su límite con la silla episcopal de la antigua Segontia; 55 de Alcalá de Henáres, de cuya Vicaría eclesiástica depende el arciprestazgo de su nombre.

La población de Brihuega, según el censo de 1878, es de 4.140 almas: forma con el de Cifuentes un distrito para diputado á Cortes;

es cabeza de partido judicial desde 1835; su primer promotor fiscal fué D. Francisco Pérez Fernández (q. s. g. h.). Nombrado en 1855 teniente fiscal de la Cámara del Real Patronato, no aceptó dicho cargo á causa del estado de tirantez de relaciones de nuestro Gobierno con la Santa Sede ^(a).

Elevadas rocas, contrastando con sus valles pintorescos, hacen desigual la superficie de Brihuega, ceñida por antiguos muros revestidos un tiempo con fuertes torreones. Alzase sobre gigante risco, dominando la vega y verdes orillas del Tajuña, el vetusto castillo de la Piedra Bermeja, contiguo al templo de Santa María. Su excelsa situación, robusta fábrica, rebellines y defensas exteriores, le constituían antiguamente en importante fortaleza, á la que se penetraba por una puerta de hierro.

Recuerdo de la Edad Media, llamado vulgarmente *Castillo de los moros*, vió no obstante en su almenado recinto al legionario de Roma, y tal vez al celtíbero indomable. Soberbio resguardo de Brihuega durante el turbulento feudalismo, sirvió como prisión de Estado bajo la austriaca dinastía. Los reos por su recuerdo memorables son: Doña Ana de Mendoza, de la familia ducal del Infantado, aya

de los Príncipes Reales en 1604, trasladada al poco tiempo á Salamanca. El licenciado Alonso Ramírez de Prada en 1606, del Consejo Real y de Hacienda, y en 1609 D. Jaime de Cárdenas. Este era hermano menor del duque de Maqueda, á quien sucedió en el título y estado.

Ameno y de frescura deliciosa, en manantiales de agua exquisita abundantísimo, es de Brihuega el término ondulado. Brotan varios en el área de la población, inestimable tesoro en los prolongados asedios de la antigüedad, cuando no era conocido el uso de la pólvora.

Fértil, si bien fragoso, su terreno, sus perfumadas colinas á enjambres de abejas numerosas ofrecen el néctar de sus flores para producir una miel tan blanca como dulce. Osténtanse fructíferas sus vides en un suelo calcáreo plantadas: embellecen su campo pintoresco sombreros olivares, y una vegetación riente alfombra su rica vega, que baña manso río, coronado de esbeltos álamos y melancólicos sauces. Rodean la histórica villa con majestuoso manto, constituyendo de su riqueza un elemento valioso, umbríos y ásperos bosques de encinas arrogantes, que han desafiado los huracanes y los siglos.

II

Preeminente entre todas las parroquias de esta población es el templo de Santa María, donde se venera á la Purísima y siempre Virgen con el título de NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA. Es su gloriosa Asunción la popular festividad religiosa, que durante una octava continúa, y el día 15 de Agosto se verifica la espléndida procesión de esta sublime milagrosa imagen del Arcángel tutelar, más bella y santa que todos los serafines, Abogada y Protectora de Brihuega.

Desde la vigilia de Pentecostés hasta el día de la Santísima Trinidad celebranse nueve funciones llamadas *las Salves del Cerco*, voto de villa desde que fué sitiada en 1445 por las tropas del rey de Navarra.

Don Juan II de Castilla, en su real sobre Olmedo, á 18 días del mes de Mayo, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1445, otorgó en favor de la villa de Brihuega un notable documento de privilegio, exención y libertad que comienza así:

«En nombre de Dios Padre é Hijo y Espí-

ritu Santo, que son tres Personas é un sólo Dios verdadero, que vive é reyna por siempre jamás; y de la Bienaventurada Virgen Santa María, su Madre, á quien yo tengo por Señora y por Abogada en todos los mis fechos, é á honor é servicio suyo é de toda la Corte celestial, é del Bienaventurado Apóstol Señor Santiago, luz é espejo de las Españas, Patrón é Guiador de los Reyes : Yo don Jhoan (por la gracia de Dios) Rey de Castilla, de León, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, del Algarbe, de Algecira, Señor de Vizcaya é de Molina... Sepades que por parte del concejo de la villa de Brihuega me fué hecha relación que ellos tienen ciertas Cartas é Privilegios de los Reyes Don Alonso é Don Hernando é de otros Reyes... que pues por mi mandado, é aun por su autoridad propia, me habían hecho ciertos servicios señalados, en especial cuando en este dicho año vino el Rey de Navarra sobre la dicha villa é Concejo por la tomar con mucha gente de armas, é los vecinos é moradores de essa se la defendieron, en lo qual muchos de ellos murieron é otros perdieron todas sus haciendas y bienes, en lo qual rescibieron muchos daños, é males, é pérdidas por servicio mío por ende pidié-

ronme por merced que en remuneración de lo susodicho, y por la lealtad que ellos me guardaron en lo que dicho es, les fiziesse bien é merced, mandando guárdenseles las dichas Cartas y Privilegios é las exempciones é Libertades é Franquezas, é que de aquí en adelante non tuviesen Cabeza de Pecho, ni pagassen Pedido, nin monedas algunas... É mando á mi Chanciller y Escrivanos, é otros que están á la tabla de los mis sellos, que vos den é libren é passen é sellen mi Carta de Privilegio, la más firme é bastante que menester oviese el dicho Concejo... Yo el Rey. = Y yo Garci Gutiérrez de Guadalupe la fize escribir por mandado de nuestro Señor el Rey. = Registrada. »

Este notable privilegio, que copia íntegro el P. Béjar, confirma, según hemos visto, los otorgados por los monarcas antecesores de D. Juan II de Castilla.

En 1445 el rey de Navarra, con 600 infantes y 400 jinetes, hizo entrada en son de guerra en el territorio castellano, según dice Pérez de Guzmán en su *Crónica*. Desde Atienza, tan adicta á Sertorio y al rey Alfonso VIII, extendió sus correrías hasta Alcalá de Hená-

res y Santorcáz el ejército enemigo, apoderándose de entrambas.

Después de conquistar á Torija, posición estratégica importante, con excelentes murallas y defendida por muy fuerte castillo, que en un tiempo fué convento de San Benito de los Caballeros Templarios, uno de los primeros fundados por esta Orden en España, quisieron los invasores apoderarse de Brihuega.

Resistióse esta villa heroicamente, sucumbiendo gran número de sus vecinos defendiéndola, experimentando en sus intereses todos ellos perjuicios y detrimentos onerosos. Viéronse por fin precisadas á levantar el cerco las huestes de Navarra, no sin rendir al valor de los sitiados un testimonio de admiración indeleble.

III

El templo de Santa María fué primitivamente ermita consagrada á Nuestra Señora de la Peña por su aparición en este paraje á una hija del emir de Toledo. Construyóse este santuario por devoción de la Princesa mora convertida al Cristianismo, siendo costeadado por D. Alfonso VI en honor de la milagrosa ima-

gen de la Virgen; regaló también una diadema, dos cálices de plata sobredorada con muy preciosas labores, y multitud de joyas de plata ú oro. Los cálices ostentan en su pie la regia divisa de la mano horadada. Consérvase en uno de los torreones del castillo la ventana por donde divisó Elima los celestiales resplandores que en su aparición y hallazgo brillaban en torno de la efigie sobre la memorable roca.

Amplióse el edificio hasta las gigantes proporciones de una iglesia parroquial á fines del siglo xi, siendo arzobispo de Toledo D. Bernardo, y á mitad del siglo xvi mandó el cardenal Tavera reedificar desde los cimientos el templo que hoy existe con suntuosa disposición y riquísimos adornos, acrecentados por la piedad de los fieles, esmerándose éstos á porfía en embellecer el santuario y los altares con objetos artísticos y alhajas muy valiosas, donativos de esta católica nación y sus colonias americanas á Nuestra Señora de la Peña ^(b).

En una de las naves de la anchurosa iglesia existe un gran cuadro, de mérito por su composición y colorido, que representa la prodigiosa Invención de la Sagrada Efigie, oculta por los cristianos birocences cuando sucum-

bió ante el simoún del desierto la monarquía visigoda.

En elegante privilegiado altar mayor, donde se adora al Santísimo Sacramento, se venera sobre un precioso trono la imagen sublime de María con la advocación de Nuestra Señora de la Peña, teniendo sobre su corazón, en sus purísimos brazos, á su divino hijo el Niño Jesús, nuestro bien. Efigies ambas notables por su belleza y adornos opulentos, pero mucho más por los innumerables prodigios que ha dispensado Dios por la intercesión de su inmaculada madre la Virgen de Nazareth, estrella del mar y mística azucena.

En su color y actitud es muy parecida la imagen de Nuestra Señora de la Peña á la de Atocha en Madrid, y en la expresión de su semblante á la Virgen del Sagrario en Toledo. Leve desmoronamiento en una de sus mejillas se distingue, causado en 1710 por la sacrilega mano de un soldado protestante al querer arrebatarse su espléndida corona. En 1730, una de las velas que ardían en su altar incendió el vestido del Niño Dios; unas mujeres que estaban rezando, inmóviles de espanto, no se atrevieron á cortar el fuego, y cuando temían que las imágenes y el altar se reduje-

sen á pavesas, se apagaron las llamas milagrosamente... por sí mismas, por sobrenatural impulso.

IV

Existen además otras tres parroquias en Brihuega que se titulan San Miguel, San Felipe y San Juan, en las que adoramos á Dios Trino y Uno, y reverenciamos á la madre del Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima é Inmaculada Virgen María, con las dulces advocaciones de Nuestra Señora de la Esperanza en San Miguel, de los Remedios en San Felipe y Virgen de los Dolores en San Juan.

La extinguida parroquia de San Pedro, situada en el barrio mozárabe de Brihuega, convirtiéndose en una ermita á mitad del siglo xvii, y por orden del señor cardenal Moscoso, arzobispo de la Iglesia primada de las Españas, agregóse á la de San Felipe. Adórase en este templo una imagen divina de Jesús crucificado, á la cual en 1710 un soldado hereje trató de arrebatar las sagradas y ricas vestiduras; pero quedó inerte y sin vista al extender su mano sacrílega contra el Redentor del mundo.

Uno de los cálices donados á la de Santa María por D. Alfonso VI se guarda en esta parroquia, y el otro en la de San Sebastián de Malacuera, alquería fundada por aquel Rey, de sus monteros para albergue.

Afirma la tradición que en la época visigótica era templo católico, bajo la advocación del glorioso Arcángel, la iglesia de San Miguel. En 1685 descubrióse en ella un sepulcro del tiempo de Witerico, monarca de triste recordación. Otro monumento fúnebre, si bien mucho más moderno, existía en el siglo xviii á la parte exterior y en el dintel de la puerta principal del religioso edificio. Perteneciente á una distinguida familia de Brihuega, guardaba el cadáver de un virtuoso joven llamado Alfonso Muñoz, que sucumbió á hierro enemigo en 13 de Julio de 1297. Hacen honrosa mención de este sarcófago el cronista de Felipe II, Ambrosio de Morales, y Masdeu en su *Historia crítica de España*, copiando su epitafio, lleno de poética ternura.

La iglesia de San Juan, que antiguamente perteneció á los canónigos de Toledo, es la menor y más céntrica, hallándose las restantes en el murado recinto, pudiendo aumentar las condiciones defensivas de la población. Dícese

que antes de la era cristiana era templo gentilico, y en 1654 se descubrió un romano sepulcro al reparar una de las capillas de la expresada iglesia. Estuvo mucho tiempo fuera de las murallas de Brihuega, y así al barrio contiguo al templo de San Juan se denomina Barrio Nuevo ó Carrahitá.

Es muy verosímil se trasladasen á la parte alta de la población los habitantes del barrio de San Pedro, que estaba próximo al río y amenos sotos que le bordean, á causa de las avenidas del Tajuña. Desbordado en 1358 por torrenciales lluvias, inundó aquel barrio y templo, llegando hasta el de Santa María; de suerte que la plaza de armas del castillo y los peñascos próceres desaparecieron bajo aquella inmensa arriada; quedó Brihuega convertida en un lago, temiendo desaparecer en tan proceloso diluvio.

En la parroquial de San Juan se venera la Virgen de la Zarza, cuya capilla adornó devotamente, extendiendo su culto el maestro Durón, excelente músico nacido en Brihuega en el siglo xvii, admiración de sus contemporáneos, quien á su fallecimiento, en Viena de Austria acaecido, legó gran parte de su caudal á esta su predilecta efigie.

También Cristóbal de Zúñiga fundó en esta parroquia una prebenda, para que se diesen en dote, por una vez, cincuenta ducados á las doncellas de su familia.

Confusa y nebulosa tradición, por la mayor parte de las crónicas antiguas preterida, narra que el origen del culto popular y procesión de la efigie de San Jorge desde la parroquial de San Juan á la de San Felipe Apóstol, es que en una de las algaradas musulmicas llevaban la peor parte los cristianos de Brihuega, viéndose precisados á retroceder hasta el primer santuario. Abriéronse repentinamente las puertas, apareciendo en su dintel el santo caballero blandiendo fulmínea espada y aterrando á los africanos, haciéndoles huir en espantoso desorden.

V

Dos conventos de monjas existen en Brihuega: uno Recoletas de San Bernardo, y su advocación es de la muy gloriosa Santa Ana; su regla de vida es perfectamente humilde y de extrema austeridad; venérase como preciosa reliquia en esta santa casa un brazo de San Fulgencio. Fundó este monasterio en 1615

el Sr. Juan de Molina, natural de Brihuega, refitolero de la Iglesia primada de Toledo, estableciendo para su parientes varias prebendas y memorias. Este convento, vulgarmente denominado de Arriba, fué destruído en gran parte por la terrible avenida de 1877, siendo cinco años después reedificado.

El otro monasterio, con el título de San Ildefonso, es de la Orden de San Jerónimo, y tuvo principio en 1564 por Doña Beatriz de Zúñiga, Doña María de Mendoza, Doña Ana de Medrano y Doña Antonia de Salazar, señoras de la principal nobleza, que se establecieron en unas pequeñas casas de la parroquial de San Miguel, atrayendo con sus virtudes ejemplares á muchas honestas jóvenes pertenecientes á las principales familias de la población. Con los recursos de las asociadas, y la piedad del vecindario y de algunos forasteros, se perfeccionó el edificio, que comprende una iglesia de fábrica suntuosa y un convento sólido y capaz. Las Constituciones religiosas de la Orden les fueron otorgadas, en 26 de Enero de 1596, por el cardenal archiduque Alberto, que de Toledo ceñía la mitra arzobispal.

El extinguido convento de religiosos, pri-

mero de Carmelitas y después de la Orden del Seráfico San Francisco, con la reforma de San Pedro Alcántara, debió su fundación al precitado Molina en 1606. Edificio notable por su belleza y solidez, á quien sirven de anchurosa base los eminentes peñascos fronteros al castillo é iglesia de Santa María ^(c).

En la plaza de Armas, frente al referido convento de San Francisco, existía el Colegio, que empezó á edificarse en 1619 y llevaba el nombre de *La Encarnación ó Jesús y María*. Fundóle, dotado con rentas fijas y cuantiosas, el alférez D. Juan García Barranco, para veinte colegiales que llevaban manto azul y beca roja, dos catedráticos de Gramática, una capellanía con cinco mil pesos de capital para el sacerdote director espiritual del Colegio, y unas prebendas que producían doce mil pesos anuales para que tomasen estado sus parientas pobres.

Entre los muchos hijos de Brihuega que emigraron al Nuevo Mundo, ora á combatir en defensa de su Rey, ora atraídos por el oro de sus minas, se distinguió el piadoso alférez Barranco, tan sumamente devoto de Nuestra Señora de la Peña que extendió su culto religioso con festividades votivas y espléndidas

donaciones en Méjico, y principalmente en la Puebla de los Angeles, donde fundó un monasterio de Religiosas Jerónimas: era también muy afectísimo á su familia y población natal.

En el siglo xviii había muchas ermitas en el campo de Brihuega, y una la de Santa Lucía en la calle de este nombre. San Pedro en el declive de la Vega, donde dijimos anteriormente estuvo situada la población muzárabe. Los sacerdotes naturales de la villa constituyen el Cabildo, que lleva el nombre del primer Vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. La ermita de Santa Ana, en donde dicen los *Olmos del llano*; la del Santo Cristo de Santa Elena, en el sitio ó paseo del Cubillo; la de San Roque, en el camino de Romancos, que se llamó después San Lázaro el Nuevo, para distinguirla de otra próxima al puente de piedra sobre el Tajuña, á la parte derecha y superior del camino de Pajares, que San Lázaro el Viejo se nombraba. De Valdelamadera en el pago, y á la mitad del camino de Carravillaviciosa, se alzaba la de Santa Quiteria.

Finalmente, la Santa Vera Cruz, á la entrada de la población, próxima á la memorable puerta de la Cadena, fué demolida en 1804, por hallarse en el trazado de la carretera de

Trillo. Con igual denominación existe hoy otra ermita de Santa María en la arboleda, en la planta interior ó bóveda del Castillo ó Campo Santo. ¡Cripta lóbrega y triste, venéranse allí las sagradas imágenes que representan los misterios dolorosos de la Pasión del Salvador!

En el centro de la villa estaba la muy antigua ermita de San Simón, notable por ser su fábrica de ladrillo, siendo de piedra calar, abundante en canteras y peñascos en su término, todos los edificios de Brihuega. Monasterio de la Orden de San Basilio antes de la invasión sarracena, y después de canónigos reglares de San Agustín, según asevera Ossorio, está fuera de duda haber sido convento é iglesia suntuosa. Mudéjar es su estilo arquitectónico, con algunos vestigios que indican mayor antigüedad. Venerábase en él una imagen con el título de Nuestra Señora de la Antigua, que ser obra de los primeros siglos del Cristianismo demuestra en su escultura y trono.

Durante la estancia de los anglo-holandeses en Brihuega en Diciembre de 1710, acaeció un hecho singular: pues no estando las casas ni los templos seguros de la rapacidad protes-

tante, llevaron á esta ermita muchos vecinos sus alhajas y objetos de valor; y á pesar de ser tan viejas las puertas que dejaban patente el interior del santuario, ni hollaron su dintel los enemigos, ni faltó nada confiado á la imagen protectora.

Bella, sencilla y espaciosa la capilla de San Fernando, se ostenta en la Fábrica Real, junto á la antigua Intendencia. Este edificio sólido y majestuoso empezó á construirse en el reinado de Fernando VI de Borbón, y se terminó en el de Carlos III. Elemento de riqueza y bienestar para la población, cada vez más floreciente, hasta la invasión napoleónica, empezó á languidecer y marchitarse en el huracán de nuestras revoluciones. Sucursal de la célebre fábrica de paños de Guadalajara, dirigida por el holandés Riperdá en el Ministerio del cardenal Alberoni, se hizo después á Brihuega, en 1750, la regia concesión á instancia de uno de sus hijos más preclaros, D. Juan de Brihuega y Río, mayordomo de la dignidad arzobispal de Toledo, Teniente Corregidor de la villa y alcaide del castillo de la Piedra Bermeja. Fundó en 1760 la elegante capilla de San Rafael en la nave izquierda del templo de Santa María.

Ennoblecido por el augusto Monarca, fué Tesorero por S. M. de la real fábrica de Brihuega, glorioso timbre de la borbónica dinastía, protectora de la industria y trabajo nacional ^(a).

Concisamente reseñamos los monumentos religiosos de esta villa en cuyas páginas de piedra, y bajo la bóveda de sus templos góticos, latir se nota la existencia de un pueblo creyente y fiel; debemos ahora describir con brevedad sus instituciones civiles y su interesante historia.

VI

Envuelta entre nubes la fundación de Brihuega, respira el misterioso encanto de lo desconocido; el origen de su denominación es indudablemente celtíbero, *Briga*, y significa lugar fuerte.

Es probable sea la Centóbriga de los celtíberos, edificada bajo el dominio de Rethogones ^(e), pues dichos aborígenes ocupaban el Aragón y provincias de Cuenca y Guadalajara, de los cuales eran una subdivisión los carpetanos. Tal vez sea la *Rhigusa* de la re-

gión carpeto-vetónica mencionada por los antiguos geógrafos, pues la pronunciación de aquella palabra en idioma griego, aspirada la letra R, se aproxima mucho á la de Brigusa.

Origen que se pierde en la noche de los tiempos concede á Brihuega la tradición popular; así lo afirma Ossorio, Rector del Colegio de la expresada villa en el siglo xvii, atribuyendo su fundación á Brigo, uno de los reyes legendarios de la España prehistórica.

Bisnieto de Túbal, primer poblador de Iberia, fundó muchas ciudades y castillos; divisa de su escudo el nombre de Briga, característico de las fortalezas y poblaciones ibéricas, se conservó por los romanos unido al de sus más célebres guerreros, cónsules ó emperadores. Estrabón y otros muchos historiadores griegos y latinos, acordes están acerca de este punto. En vista de estos antecedentes, Florián de Ocampo, cronista del emperador Carlos V, y á la etimología de Brihuega, antiguamente Brioca, Briega y Brioga, al nombre de aquel Monarca semejantes, no vacila en afirmar que esta villa y su vetusta fortaleza deben á Brigo su origen.

Con la gutural pronunciación arábica alteró Brihuega levemente su denominación,

marcadamente oriental. Atribuye á Túbal el doctor Portilla la fundación de Alcalá de Henáres: el regidor Torres á los fenicios la de Guadalajara, que denominaron *Turia*, después Arriaca los romanos, y Wadilhadjara los árabes. No debemos extrañar que D. Manuel Antonio de Ossorio, varón ilustrado y de noble estirpe, quisiera adornar su patria adoptiva, por cuyas glorias era férvido entusiasta, con tan esclarecido y antiquísimo origen, siendo eco también de las románticas tradiciones de Brihuega.

Mencionada bajo el nombre de *Breca* en la división de obispados establecida por el visigodo Wamba, resonó su nombre en uno de los primeros concilios de Asturias al comienzo de nuestra gloriosa reconquista, y tres centurias después aparece unida á la adversa y próspera fortuna de D. Alfonso VI. Entonces surge la aurora histórica de Brihuega, que anteriormente permanecía velada en el misterio iluminado por la tradición, cual la pálida luna proyecta un resplandor fantástico en el valle ennegrecido por la sombría noche.

VII

Extinguida en Bermudo III la dinastía goda que comenzara en D. Pelayo, ocupó la navarra el regio solio en D. Fernando I de Castilla y de León. Guerreando contra los infieles conquistó gran parte de Portugal, y los puertos de Castilla la Vieja atravesando, rindió á Medinaceli; recorriendo la comarca de Sigüenza entró por el reino de Toledo, expugnando á Talamanca, la antigua *Mantua Carpetanorum*, Uceda y Guadalajara, demoliendo sus fortalezas; llevó sus armas vencedoras hasta Alcalá de Henáres y Madrid, haciendo tributarios á los reyes moros de Toledo, Sevilla y Zaragoza.

Dividió, al morir, su reino entre sus hijos (1067), dejando al mayor D. Sancho II el de Castilla, á D. Alfonso el de León y á Don García los de Galicia y Portugal, la ciudad de Zamora á Doña Urraca y á Doña Elvira la de Toro.

Resentido el primogénito, ambicionó reunir bajo su mano la poderosa monarquía cristiana; invadiendo el reino de León, batió en

Llantada y Golpejar, poderosamente auxiliado por el Cid, las huestes de D. Alfonso, quien se hizo fuerte en la iglesia de Santa María de Carrión contra todo el ejército castellano. Cedió su valor al número de sus enemigos y tuvo que rendirse, siendo á Burgos llevado prisionero para renunciar en favor de Sancho II su corona y tomar el hábito de monje en el convento de benedictinos de Sahagún.

Era D. Alfonso hermano predilecto de la infanta Doña Urraca, por cuyo consejo y protección huyó del monasterio referido, acompañándole los tres caballeros Ansures, Pedro, Gonzalo y Fernán, yendo á pedir asilo al rey de Toledo, Al-Mamoún, ó Alimenón en los cronistas castellanos. Este se condujo con el proscripto cual cumplía á su generosa raza: le acogió digna y afablemente, subvencionando con esplendidez al sostén de la regia comitiva leonesa. Renovaron su antigua amistad los dos monarcas, tratando Alimenón al Príncipe cristiano como á sus propios hijos. Noblemente correspondió D. Alfonso á su excelso protector, á quien auxilió valeroso con sus caballeros y hombres de armas leoneses en sus guerreras expediciones contra los musulmanes andaluces. El tiempo que le quedaba libre ocupábale

en la caza, su distracción favorita, alejándose de Toledo bastantes días y leguas. Recorrió los montes y espesuras de los sotos en las márgenes del Tajo, y avanzando por la Alcarria septentrional, llegó al opuesto borde del Tajuña, á Brihuega, poblada por cristianos mozárabes, en pintoresca situación, coronada por espesos bosques, abundantes en osos y jabalíes, de esmeralda con rico tapiz, surcado por numerosos arroyuelos de argentina espuma y de opacas arboledas bajo un bello dosel, mecido por las auras aromosas de la Alcarria al arrullo de las ondas amantes del Tagonio.

Destacábase gigante fortaleza de románica arquitectura, ceñuda amenaza del Islám, sobre aquel escollo de náufragos discípulos del Evangelio, aislados en tan ásperas regiones. Encantado D. Alfonso por la belleza de las ruinas seculares, la amenidad y frescura del terreno y la abundante caza de aquellos bosques frágiles, pidió al toledano Emir le concediese aquel lugar para su descanso y el de sus cazadores.

Accediendo Alimenón, quedó el monarca leonés señor del castillo de Brivea, estableciendo una colonia cristiana, cuyo dominio conservó perpetuamente, siendo el primer re-

lámpago de la Reconquista en la vertiente meridional de la cordillera Carpeto-Vetónica, muro divisorio de las dos razas hostiles.

Encontraba en su destierro el Rey cristiano un oasis precioso que traía á su memoria los dulces encantos de su patria y religión. Aquel antiguo castillo podía servirle de base de operaciones, ó de refugio en una derrota, en sus expediciones futuras contra los hijos de Ismael si la mano de Dios volvía á colocar en su frente la corona leonesa.

Refiere la Crónica del arzobispo D. Rodrigo que, paseando el Emir por los jardines del castillo de Brihuega un día con varios valies y jefes de su corte, departieron acerca del plan de sitio que únicamente podía causar la rendición de la inexpugnable Toledo. Hallábase D. Alfonso al pie de un árbol dormido al parecer; y ora lo creyesen así los musulmanes, ó no se aperciesen de la presencia del cristiano, prosiguieron en alta voz debatiendo, y un anciano jeque aseguró «que era conquista humanamente imposible sin que se talasen previamente siete años consecutivos los campos que á Toledo rodeaban». No fueron perdidas estas frases para el Príncipe leonés, quien las conservó indelebles en el fondo de su corazón.

Admirable designio de la Providencia fué que aprendiera el Rey con esta revelación inesperada el secreto de la conquista de la imperial ciudad, á quien llamó *Munita loca* el historiador Tito Livio por su situación sobre escarpada, abrupta y altísima roca, ceñida con profundos derrumbaderos y el caudaloso Tajo, formando una península de acceso muy difícil.

Sea como la Crónica refiere, ó que de su destierro en la época germinase por una asidua observación en la mente de D. Alfonso el plan de la conquista de Toledo, baluarte del mahometismo en la meseta central de la Península, triunfo que decidió moralmente la superioridad de la Cruz sobre la Media Luna, confesaremos que la permanencia del Príncipe entre los árabes le hizo comprender la inmensa importancia de Toledo, cuya rendición heriría de muerte el Imperio musulímico en España.

Es indudable que el eminente soberano español, escudo y lumbrera nacional, « *Vir bellicosus et sapiens: rex et miles strenuissimus* », como dicen las Crónicas francas, estimó mucho su villa de Brioca ó Brihuela, y en el apogeo de su poder miraba con predilección á los que endulzaron su infortunio. Refléjase su

gloria en la niebla oscura que envuelve la infancia histórica de Brihuega, si no fundada por D. Alfonso, restaurada al menos por tan noble mano, según afirma Garibay.

Mas de este pueblo el principal tesoro no son los esplendores del mundo, no los reyes de la tierra, no los laureles de la victoria, rojos con la sangre de vencidos y vencedores. Es... la Estrella de la Mañana, que surge, en medio de la noche del Islám, en el horizonte de Castilla la Nueva, anunciando la aurora de su redención. Es la Virgen Santísima de la Peña, que apareció cual un consuelo á los cristianos oprimidos y una esperanza á los Cruzados de Occidente. ; Y es Brihuega la nube dorada por el fulgor de esa Estrella misteriosa ; es Brihuega la humilde copa de arcilla que sirve de trono á esa flor de los cielos, Madre de Dios!

España, nación predilecta de María, enlazó siempre su excelso patrocinio, de sus armas á la gloria inmarcesible; así, la monarquía que brotó en Covadonga dobló su frente con respeto ante la Imagen que surge de la Peña misteriosa de Brihuega, ceñida con la aureola de tantos prodigios y emblema de la patria que se alzaba de su sepulcro,

VIII

Cambió repentinamente la fortuna de don Alfonso escasamente al año de su emigración, alzándole á la cúspide de la grandeza. El ambicioso D. Sancho II *el Fuerte*, después de haber desposeído de sus Estados á su hermano D. García, obligándole á refugiarse en la corte de Aben-Abed, que era de Sevilla emir, trató de despojar á sus hermanas, Doña Elvira y Doña Urraca, de las ciudades donadas por su progenitor. Entregóse Toro sin resistencia, mas no Zamora, guarnecida con excelentes muros y entusiastas defensores, ciudadanos y caballeros de León, Castilla, Galicia y Portugal desafectos al insaciable monarca.

Dirigía la resistencia Arias Gonzalo, valiente hasta el heroismo y adicto hasta la muerte á la Infanta, su señora. Diversos asaltos, repelidos con bravura, hicieron comprender á don Sancho que sólo el bloqueo riguroso le entregaría la ciudad. Exhausta de víveres y en desolación inmensa sumergida, pensaba en tratar de capitulación cuando ofreció Bellido Dolfos que el rey castellano levantaría el asedio de

Zamora. No quiso revelar los recursos que emplearía, los que la Infanta y Arias Gonzalo creyeron serían nobles, pues hidalgo era Bellido. Presentóse á D. Sancho fingiéndose desertor y perseguido de muerte por los tres hijos de Arias, sus enemigos personales. Captóse la confianza del Rey ofreciendo enseñarle un portillo mal guardado, por donde penetraría fácilmente en la ciudad. Marcharon los dos solos á reconocer el punto débil del muro, y en el camino asesinó traidoramente Bellido Dolfos al monarca (4 de Octubre de 1072). Refugióse en Zamora el regicida, donde fué por orden de la Infanta encerrado en un calabozo hasta su muerte. Levantóse el cerco de la ciudad y el regio cadáver recibió en el monasterio de Oña solemne sepultura.

No faltan autores que aseveran que, lejos de emplear Bellido alevosía, salió repentinamente de Zamora, arrojóse á toda brida á la tienda de D. Sancho, á quien mató de una lanzada en medio de los suyos, y regresó á la ciudad seguido de cerca por Rodrigo de Vivar.

Con sigilo y rapidez un mensajero de doña Urraca notificó al proscrito la sangrienta muerte de su hermano. Contra el parecer de sus caballeros, D. Alfonso participó al Emir

esta trágica nueva, que restauraba su trono. Agradeció tan noble confianza Alimenón, que le prohibía faltar á las sagradas leyes de la hospitalidad, tan severas entre los árabes.

Sin imponerle condiciones onerosas le concedió regresar libremente á sus Estados; acompañóle algunas millas al despedirse, jurándose entonces ambos Reyes alianza y amistad por toda su vida y la del primogénito Hixém. Una escolta musulmana acompañó á D. Alfonso hasta los muros de Zamora, donde fué proclamado rey de Castilla y León, no sin haber prestado juramento en la iglesia de Santa Gadea de Burgos, tres veces consecutivas, en manos del Cid Campeador de estar inocente de la alevosa muerte de su hermano.

Brihuega y su castillo continuaron perteneciendo á D. Alfonso en los reinados de Alimenón, á quien auxilió en su campaña contra el emir de Sevilla, en cuya toma sucumbió el toledano, y en el de Hixém, con quienes conservó la fe y amistad jurada. Era este Príncipe benigno, ilustrado y tolerante; pero su amistad con los nazarenos le atrajo el odio de los musulmanes fanáticos. Promoviendo una asonada en Toledo, invaden el alcázar destronando á Hixém, que salva su vida tra-

bajosamente, yendo á morir á un castillo de Valencia después de ceñir un año la corona.

Ostentó el nuevo Emir principios opuestos diametralmente á los de su padre y hermano; el rey de Castilla quedó relevado así de su juramento, que no comprendía al hijo segundo de Alimenón. El cristiano estuvo muy lejos de faltar á su deber de caballero destronando al hijo de su protector, estando además su misión de rey sobre las consideraciones de particular afecto y gratitud.

Gemían los mozárabes cristianos bajo el férreo yugo del voluptuoso Yahía Kadir; imploraron la protección de D. Alfonso, exhortándole á la conquista de Toledo, ofreciéndole sus inteligencias y auxilios. Dos años empleó el rey de Castilla en reunir y aprestar las huestes necesarias para tan gigante empresa, y cruzó en 1081 las montañas que ambas Castillas dividen al frente de un numeroso ejército, reclutado en los tres reinos de su corona y de aventureros de Navarra y Aragón, así como también franceses y alemanes, asolando la campaña de Guadalajara y Madrid. Renovó al año siguiente sus terribles devastaciones por la frontera noroeste del reino toledano, desde las sierras de Avila, apoderándose

de Talavera y Escalona, cuyas fortificaciones renovó. En la siguiente campaña (1083) se hizo dueño de Santa Olalla y Maqueda, llevando su invasión hasta Madrid.

Franco y seguro el avance hasta Toledo, el ejército de la Cruz, dirigido por el valeroso Rey, que llevó en sus banderas el triunfo de cien combates y en su pensamiento la obra santa de la reconquista, plantó sus tiendas bajo los muros de la antigua corte de los godos.

Largo y penoso fué el asedio, pues si tenía agotados sus bastimentos la ciudad, no era menor la escasez en el campamento de los cristianos, tan distantes de su país y en el centro de una región enemiga y asolada por la guerra.

Aliándose con D. Alfonso el emir de Sevilla, guerreaba en tanto con sus correligionarios andaluces y se apoderaba de la antigua capital de los califas de Occidente, mientras un ejército musulmán, que mandado por el vali de Mérida marchó de los toledanos al socorro, fué deshecho completamente por las sitiadoras legiones de Castilla.

Por último, la ciudad de los Concilios, que aun bajo la dominación agarena rivalizaba con la espléndida Córdoba y la encantadora

Sevilla, abrió sus puertas á los cristianos, domingo 25 de Mayo de 1085, después de 374 años de triste cautiverio: el Rey moro se retiró á Valencia.

Siguióse á la conquista de la capital la rápida sumisión de aquel Estado floreciente: el pabellón morado de Castilla flotó sobre los torreones de Soria, Berlanga, Medinaceli, Buitrago, Talamanca, Uceda y Guadalajara. Esta ciudad, después de una vigorosa defensa, tuvo que rendirse á las tropas de quienes era caudillo Álvar Fáñez de Minaya, héroe de Santarén, primo hermano del caballeresco y desdichado Cid Campeador. Resplandeció la bravura del ilustre jefe en el asalto de la plaza; pues habiéndose internado solo, sin advertir que sus soldados no podían seguirle, se halló cercado de innumerable morisma, contra la que luchó como los héroes de Homero. Abriéndose paso con su espada incontrastable, regresó á los suyos, que le juzgaban muerto, y que, animados por este rasgo de su general, le siguieron nuevamente, haciéndose dueños de Guadalajara en la noche del 24 de Junio de 1085. Agradecida á su libertador, esta ciudad adoptó por blasón de sus armas la efigie ecuestre de Álvar Fáñez

sobre un campo lleno de estrellas. En la iglesia de San Miguel del Monte, así llamada por extenderse los bosques hasta él, uno de los dos templos mozárabes de Guadalajara, estaba el sepulcro de su famoso conquistador, trasladado después á San Pedro de Cardena.

IX

Convocó el rey Alfonso en Toledo, al terminar el año de gracia de 1085, á los Obispos y ricos-homes, que por unanimidad eligieron Arzobispo á D. Bernardo, abad de Sahagún, tan sabio como virtuoso, protegido por su compatriota la reina doña Constanza de Borgoña, de quien era confesor, esposa del monarca castellano, que tomó el título imperial. Espléndidamente dotó el Rey á la nueva iglesia metropolitana... «é dió luégo la villa de Brihuega, *la que le diera Aly Maymon*, según habemos contado, é dió Redillas y Canales é Cabanas en la Sagra, é Alcobeja, é Alcalá de Henáres, é Illescas, é Alcolea, é Talavera, é Tendica, que agora dicen Melgar, é á Montiel, é Alpuebraga...» (Historia de España de Alfonso el Sabio.)

Dedúcese el alto aprecio que el ilustre so-

berano hacía de su villa de Brihuega, pues figura en primera línea entre las donaciones que hizo á la Sede arzobispal de Toledo.

Los reyes de Castilla distinguieron mucho á las villas que, como Brihuega, pertenecían á la jurisdicción señorial de aquellos Prelados. Alfonso VIII, el célebre vencedor de las Navas de Tolosa, les concedió exenciones de tributos fonsados y otros pechos. Alfonso X, el Sabio, expidió á favor de Brihuega un privilegio importante en 13 de Setiembre, era 1311. La feria de Brihuega fué concedida por Enrique I con más de un siglo de anterioridad de la que á Talavera fué otorgada, no obstante de ser la última ya importante población. Fernando IV prohibió hubiese ferias treinta leguas al contorno con un mes de anticipación, ni otro después, cuando se verificasen las de Brihuega ó Alcalá, para que no sufriesen menoscabo. Alfonso XI, confirmando el privilegio de su antecesor, vedó á los mercaderes acudir á ninguna otra feria del reino durante las expresadas.

Sancho IV, en la era 1329, ordenó á sus alcaldes no juzgasen á los vasallos del Arzobispo, y que acudiesen al Rey enalzada contra las sentencias pronunciadas por los jueces

nómrados por aquellos príncipes de la Iglesia. Prohibió á sus recaudadores exigirles vi-
tuallas ó yantares, pues estaban exentos, sal-
vo que á dicha tierra fuese el Monarca en
persona. Tres años después, fecha 11 de Abril,
prohibió á los caballeros comprar fincas en
los lugares del Arzobispo para que su poder no
disminuyese, pues dichas heredades pasaban
de *abadengo* á *realengo*, estando exentos los
nobles de la jurisdicción del Prelado, y les obli-
gó, con pérdida de bienes, á enajenar los pre-
dios adquiridos en los dominios de la metrópoli.

Refiere la Crónica del arzobispo D. Rodrigo
que su predecesor D. Juan, tercero de este
nombre, había ensanchado á Brihuega y po-
blado el barrio de San Pedro. También á esta
villa llamó fundación suya D. Rodrigo por
haberle agenciado muchos privilegios y agre-
gádole seis aldeas, dádiva del rey D. Fernando
el Santo á las antiguas, Grajanejos, Valdesaz,
Castilmimbre, Yélamos de San Andrés, Tome-
llosa y Ferrunnuela, hoy arruinada, en los
montecillos de Malacuera sita, adonde los
vestigios de un templo se descubren. Depen-
dían asimismo de Brihuega, Romancos, Paja-
res, San Andrés, Carrahita, Valdelacueva,
Valdehita y Villaviciosa.

Al célebre arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada se debe el fuero de Brihuega, así como los de Cazorla y Alcalá de Henáres. Hállase consignado en el *Libro becerro de Privilegios y Bulas de Toledo*, núm. 23, y su copia en el tomo XXXV de la *Colección de Salvá*, Academia de la Historia. Existe en Brihuega su original auténtico, libro encuadernado en pergamino, con tabla de nogal. Contiene 329 ordenanzas ó disposiciones, señalados con tinta roja sus epígrafes, y cortadas sus hojas en la parte interior para contrasena sin duda. Concede gran importancia á los vecinos del pueblo en sus testimonios legales, y contiene cuanto puede afectar al régimen municipal de una villa en la Edad Media. Electo en 1208, dicho egregio Prelado, murió en 1247, siendo el octavo arzobispo de Toledo después de la Reconquista por D. Alfonso y señor feudatario de Brihuega.

Desde D. Bernardo, abad de Sahagún, reseñaremos el catálogo de los Arzobispos de la ciudad de San Eugenio, San Eulogio, San Eladio, San Julián y San Ildefonso: D. Bernardo (1186-1128), D. Raimundo (1150), Don Juan (1166), D. Celebruno (1180), D. Pedro de Córdoba (1182), D. Gonzalo Pérez (1191),

D. Martín López de Pisuergra (1208), D. Rodrigo Jiménez de Rada (1247), D. Juan de Medina (1248), D. Gutierre (1250), D. Sancho, infante de Castilla (1261); D. Domingo Pascual (1262), D. Sancho, infante de Aragón (1275); D. Fernando de Covarrubias (1280), D. Gonzalo García Gudiel (1299), D. Gonzalo Díaz Palomeque (1310), D. Gutierre Gómez de Toledo (1319), D. Juan, infante de Aragón (1327), en que permutó; D. Jimeno de Luna (1338), D. Gil Carrillo de Albornóz, renunció en 1350; D. Gonzalo de Aguilar, que murió en 1357; D. Vasco Fernández de Toledo (1362), D. Gómez Manrique (1365), D. Pedro Tenorio (1399), D. Pedro de Luna (1414), D. Sancho de Rojas (1422), D. Juan de Contreras (1434), D. Juan de Cerezuela (1442), D. Gutierre Alvarez de Toledo (1445), D. Alonso Carrillo (1482), D. Pedro González de Mendoza (1495), D. Fr. Francisco Jiménez de Cisneros (1517), D. Guillermo de Croy (1521), D. Alonso de Fonseca (1534), D. Juan de Tavera (1545), D. Bartolomé Carranza (1576), D. Gaspar de Quiroga (1594), D. Alberto, archiduque de Austria (1597); D. García de Loaysa Girón (1598), D. Bernardo Rojas y Sandoval (1618), D. Fernando, infante de Castilla (1641); Don

Gaspar de Quiroga (1645), D. Baltasar de Sandoval y Moscoso (1665), D. Pascual de Aragón (1667), D. Luis Fernández Portocarrero (1709), D. Francisco Valero y Losa (1720), D. Diego de Astorga (1734), D. Luis de Borbón, infante de España, renunció en 1754; D. Luis de Córdoba y Guzmán, que murió en 1771; D. Francisco Antonio Lorenzana, renunció en 1800; D. Luis María de Borbón, grande de España, Regente del reino durante la cautividad de D. Fernando VII, que murió en 1823; D. Pedro Ingüanzo y Rivero (1836).

Establecido el régimen constitucional, dejaron de tener el señorío de Brihuega los señores arzobispos de Toledo D. Juan José Bonel y Orbe (1848), D. Fray Cirilo de Alameda y Brea (1857) y D. Juan Ignacio Moreno, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, á quien Dios proteja.

No debemos omitir que los arzobispos Carranza y Cisneros fueron religiosos en dos conventos de la provincia de Guadalajara; el primero en los Dominicos del Santo Cristo de Benalaque, cerca de Cabanillas del Campo, y el segundo en los Franciscanos de Nuestra Señora de la Salceda, próximo á Tendilla. Su antecesor D. Pedro González de Mendoza, hijo del

célebre poeta marqués de Santillana, bisnieto del señor de Hita y Buitrago, que salvó en Aljubarrota la vida á D. Juan I de Castilla dándole su caballo para que huyera, mientras él esperó á pie firme la muerte, que recibió en el campo de honor; nació en la ciudad de Guadalajara el día 3 de Mayo de 1428. Fué devotísimo de la santa Cruz, cuyo signo apareció en el cielo sobre su habitación mortuoria, en la ciudad, á 11 de Enero de 1495. En su dilatada existencia sirvió fervoroso sacerdote á Dios y fiel vasallo á sus Reyes. Fué obispo de Calahorra y Sigüenza, y arzobispo de Sevilla y de Toledo. Espléndido y generoso con los pobres, reedificó á sus expensas el Santo Sepulcro de Jerusalén y fundó el magnífico hospital de Santa Cruz en Toledo. Versado en la literatura clásica fué eminente político, y hasta guerrero valiente en Olmedo al lado de Enrique IV, y al de los Reyes Católicos en la conquista de Granada. Sus méritos relevantes llevaron en torno de su lecho de agonía á doña Isabel y D. Fernando, soberanos de Castilla y Aragón, que perdían un sabio consejero en el llamado con verdad *el Gran Cardenal de España*.



X

Los Concejos de Extremadura formaron hermandades para su defensa mutua con los del reino toledano, entre los cuales se contaba el de Brihuega, armonizando de este modo el municipio con el régimen feudal. Ya esta villa se había aliado en Guadalajara anteriormente con las de Alcalá, Talamanca y Uceda á 21 de Octubre, era 1319.

La frescura y amenidad del país, que templaban los ardores estivales, contribuían á la frecuente estancia en el verano de los Arzobispos en el castillo de Brihuega, fuerte por su altura y muros, entre ellos el venerable Jiménez de Cisneros, según refiere Castro en su *Hispania illustrata*. Varios canónigos toledanos hicieron también construir algunas casas en la expresada villa, donde moraban en el estío; consérvase una de estas mansiones próxima á la parroquia de San Juan, denominándose vulgarmente Casa de los Templarios.

D. Juan I de Castilla, celebradas en Abril de 1390 Cortes en Guadalajara, pasó el verano en Brihuega para aliviar con su benigno am-

biente la quebrantada salud. En dicha población recibió á los embajadores del Maestre de Avis, alzado rey en Portugal, para ratificar la tregua de seis años convenida anteriormente, y los del emir granadino Mahomed solicitando la prorrogación de las paces que entre ambos reinos existían.

Desde Brihuega pasó D. Juan á Roa, y después á la abadía de la Granja, en cuyas ásperas sierras fundó el célebre monasterio ó Cartuja del Paular. En primeros de Octubre trasladose á Alcalá de Henáres, en donde murió de una caída, por tropezar su caballo lanzado á la carrera en un barbecho próximo á la puerta llamada de Burgos.

En el reinado de D. Juan llegó á su apogeo la influencia del estado llano; las Cortes fueron siempre consultadas, dictándose innumerables y sabias leyes, de que aún subsisten algunas. *El rey* (dice su cronista Ayala) *se pagaba mucho de estar en Concejo.*

La escuadra española de veinte galeras mandadas por el almirante Fernando de Tovar, llegó con audacia heroica sin ejemplo (1380) hasta muy cerca de Londres, devastando las márgenes del Támesis y apoderándose de un gran número de barcos ingleses.

En 1584, Felipe II mandó que Brihuega entrase en los dominios de la Corona, para venderle después al príncipe de Salerno; pero en el reinado del tercer Felipe volvió la villa á la jurisdicción señorial de los Arzobispos, quienes nombraban los corregidores, que habían de ser letrados. El 1710 ejercía en Brihuega dicho cargo el abogado D. José Henarejos.

Alfonso VI, que amaba mucho á esta población, quiso visitar su santuario de la Peña en el ocaso de su azarosa vida, y concedió á los que en Brihuega naciesen el fuero de Vizcaya, según el rector Ossorio dice. Abatido el tercer estado en Villalar, comenzó en Brihuega la distinción de nobles y plebeyos.

Entónces surgió una singular institución democrática, ó sea el célebre Ayuntamiento de la Pechería, además del formado por el corregidor, dos regidores y un procurador con ocho jurados, mitad por derecho de hidalguía, y plebeyos la otra mitad. El Ayuntamiento de pecheros y hombres buenos constaba de un jurado por cada uno de los cuatro cabildos ó parroquias, un Procurador y dos Alcaldes con su Prioste, todos plebeyos y de elección popular.

Constituíanle generalmente labradores; re-

uníase, no en las Casas Consistoriales de la plaza, sino en distinto local, hoy en solar convertido, cabe los huertos que existen en la base de la *Peña Abajo*, donde se apareció la sagrada Imagen. En las funciones públicas y populares fiestas tenía este Ayuntamiento sitio oficial separado, repartían sus capitulares los reales servicios y tributos, y eran censores de los que el título de hidalgos pretendían.

En las guerras contra los árabes ocupan los hijos de Brihuega renombre preeminente: Domingo Muñóz, bravo adalid, natural de dicha villa, con dos caballeros y dos peones obtuvo la mayor parte de gloria en la conquista del arrabal de la Axarquía de Córdoba, que apresuró la toma de esta ciudad por D. Fernando III. Así refiere Morales en sus *Antigüedades de España*, expresando además que mandaba gentes del Arzobispo su señor, y que á la familia del esforzado guerrero pertenece el referido sepulcro de la iglesia de San Miguel Arcángel en Brihuega.

Muy notable varón por sus virtudes, vió también por vez primera en esta población la luz del cielo Fray Francisco de la Trinidad, cuya piadosa vida refiere extensamente la *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Nació de

la noble familia de los Gamboas y Caros, y en 20 de Junio de 1589 tomó el hábito religioso en San Jerónimo de Lupiana. Fué secretario de los Generales de la Orden; brilló por su mortificación, pureza de costumbres y todo género de fervorosa piedad cristiana. Murió en 1632, y había pronosticado el día en que había de ser su tránsito á la eternidad.

También son de Brihuega el Beato Fr. Benito Trijueque, lego de los Carmelitas, y D. Juan Pérez Carpintero, obispo de Yucatán, ambos en el siglo xvi nacidos, y en el siguiente don Pedro de Gamboa, Gobernador de las Charcas, notable por su riqueza metalúrgica, provincia situada en la costa del Pacífico, perteneciendo al antiguo virreinato del Perú (✓).

Patria asimismo es Brihuega del escritor agrónomo D. Diego Gutiérrez de Salinas á fines del siglo xvi y principios del siguiente, cuyas obras se han reimpresso en varias ediciones del libro de Herrera, patriarca de la española agricultura. En la siguiente centuria nació en la expresada villa Andres del Castillo, autor de varias novelas en que ya domina el espíritu de Góngora. En el siglo actual debemos citar á D. Tomás de Lucio, canónigo de Toledo y Rector de su Seminario conciliar, sabio

autor eclesiástico; á D. Justo Hernández, diputado y senador, que escribió acerca de las lanas, y á D. Fernando Sepúlveda, cuyos estudios botánicos han obtenido merecida loa ^(g).

Los naturales de Brihuega, profundamente religiosos y de buenas costumbres, son de un genial vivo y afable; unen á su bondad y honradez cierto espontáneo gracejo; las mujeres han sido siempre notables por su belleza, que realzan su sonrosada tez y albo color. Ágiles, desenvueltos y robustos los varones, ofrecen extraordinaria aptitud para las industrias fabriles y el comercio.

Honda perturbación experimentaron todas al extinguirse la regia industria en Brihuega; pues, desprovista de gran capital metálico, le fué imposible combatir como sucede á la española producción con la exuberante Gran Bretaña. ¡El *libre cambio* es hoy para nosotros tan desigual como el duelo á muerte de un niño con un gigante!

Todavía marcha Brihuega en primera fila entre las poblaciones industriosas de Guadalajara, siendo apreciables sus fábricas de paños, dañuelos y bayetas, sus molinos de chocolate, sus tintes y tenerías de curtidos, y su comercio de abarcas muy extenso.

En sus cercanías se hallan las casas de campo de la Cabañuela, el elegante palacio de la Concepción de la Matilla, propio del senador D. Luis Jiménez Palacio, la colonia agrícola de la Asunción, muy floreciente, y la fábrica de papel de Cívica. Cruzan su término las carreteras de Trillo y Masegoso, hallándose otra en construcción siguiendo la corriente del Tajuña.

Los ferrocarriles han aislado á Brihuega, refluendo á estas arterias colosales, de que hoy se encuentra alejada, toda la vida comercial. El directo de Madrid á Barcelona, aprovechando las vías trazadas por la naturaleza en las corrientes fluviales, explotará las ricas comarcas alcarreñas, fértiles y montuosas como la Palestina, á quien es tan semejante en sus productos. Brihuega, tan abundante en aguas, en bosques maderables, en canteras yesosas y calizas, no menos que en hijos dotados de genio emprendedor, saldrá de su actual marasmo para unir la importancia de nuestra época industrial á la grandeza de sus recuerdos históricos cuando el sombrío penacho de la locomotora se mezcle á las nubes de aromado incienso ante el ara venerable de Nuestra Señora de la Peña.

XI

Precioso timbre de nuestras glorias nacionales es Brihuega en la guerra de sucesión. En 6 de Diciembre de 1710 las tropas anglo-holandesas, al mando de Lord Stanhope, fueron cercadas en dicha población por la vanguardia española, de quien era jefe el marqués de Valdecañas. Reunido el ejército castellano, á cuyo frente estaba el rey Felipe V, y batidos los muros con artillería de campaña, se dió el asalto la tarde del 9 de Diciembre por las puertas de San Felipe y la Cadena.

Tenaz y prolongado fué el combate, vertiéndose sangre á torrentes, no sólo en el recinto murado, sino en las calles de la villa, que fué necesario en algunas expugnar casa por casa, derribando las paredes divisorias. Destruyó el fuego de los cañones las espesas y fuertes barricadas que de veinte en veinte pasos habían levantado los ingleses, quienes tuvieron que replegarse al castillo de la Piedra Bermeja.

En la torre del Homenaje esperó Stanhope con inexplicable angustia oír el estampido de la artillería imperial avanzando á socorrerle.

Amenazado por el duque de Vendôme de no otorgar cuartel á los sitiados si demoraban la rendición, tuvo que capitular á las siete de la noche, quedando prisionero de guerra con sus cinco mil combatientes. ¡Tremenda catástrofe para la causa del Archiduque; ventaja decisiva para Felipe de Borbón; gloria inmensa para las armas españolas...! ¡Brihuega ven-gaba moralmente á Gibraltar!

Terrible prólogo del sangriento drama de Villaviciosa fué el asalto de Brihuega : al día siguiente, 10 de Diciembre, en los pagos de Carra Medina y Cerro Molinero, término jurisdiccional de aquesta villa, las huestes castellanas, á las órdenes de su Rey, batieron al ejército confederado que capitaneaba el conde Guido de Staremborg, hijo del gobernador que defendió á Viena contra los turcos hasta la llegada de Sobiesky.

Prodigios de valor brillaron en españoles y extranjeros : abrigó Staremborg su acrisolada reputación de excelente general, y el rey de España afrontó los riesgos y privaciones del soldado, resuelto á labrar en las encinas de aquellos montes de Brihuega su trono ó su ataud.

A favor de las sombras de la noche empren-

dió su retirada el imperial después de una resistencia heroica, dejando los dos tercios de sus legiones en el terreno del combate, abandonando su artillería, equipajes y banderas, y al amparo de la fragosa sierra de Cifuentes ganó el camino de Aragón.

Esta fué la memorable batalla de Villaviciosa, «una de las más notables que examinan los tratadistas del arte militar por los prodigios de táctica, serenidad y bravura que en ella se ostentaron», dice el distinguido escritor D. Juan Catalina García en su excelente *Libro de la provincia de Guadalajara*.

El Monarca vencedor ordenó se celebrasen á sus expensas veinte mil misas rezadas por las almas de los católicos de ambos ejércitos, y unas solemnes honras fúnebres en el convento de monjes Jerónimos que, bajo la advocación de San Blas, existía entonces en Villaviciosa, en cuyas cercanías se librara la encarnizada lucha decisiva para la guerra dinástica.

En la iglesia de dicho monasterio se descubrió hace veintidos años el sepulcro de D. Juan de Horcasitas, conde de Moriana, de quien descende el ilustre académico de la Historia que lleva aquel título de nobleza, nieto asimismo del valeroso marqués de Villadarias,

que con su intrepidez y astucia defendió la Andalucía en 1702 contra la expedición anglo-holandesa que mandaba el príncipe D'Arrestad.

El campo de batalla de Villaviciosa debe ser para los españoles un orgullo nacional: triunfo superior al de Almansa, pues en éste combatieron las francesas tropas como aliadas y era generalísimo un Lord inglés; en aquel pelearon únicamente los españoles, y era su caudillo el regio vástago de San Fernando y de San Luis.

A fin de evitar la profanación de los restos humanos dispuso en 1845, siendo alcalde de Brihuega mi bueno é inolvidable padre (q. e. e. g.) D. Francisco Pérez y Fernández, de acuerdo con la digna corporación municipal, se prohibiesen las excavaciones en el célebre *Campo de Batalla*, pues estaban á la sazón dominados los espíritus por la fiebre del oro á que dió origen el descubrimiento de los ricos filones argentíferos de Hiendelaencina.

La Excm. Diputación provincial de Guadalajara acordó en 1881 se erigiera en aquel terreno memorable un severo y sencillo monumento que perpetúe la victoria del león español contra la coalición extranjera, accediendo

á nuestro ruego, consignado en la memoria histórica *Brihuega y Villaviciosa* ^(h).

No por vanagloria, sino por gratitud, debemos decir que S. M. el Rey (q. D. g.) se dignó premiar nuestra reseña de aquellos brillantes episodios con su retrato fotográfico, á cuyo pie tuvo la bondad de escribir por su augusta mano esta fina dedicatoria: «Al autor de *Brihuega y Villaviciosa*, D. Camilo Pérez Moreno, un descendiente del protagonista de aquellos hechos.—Alfonso.—Mayo 1882.»

Honrosa y delicada distinción que excede á cuantas puedo ambicionar; sólo con mi existencia terminarán mi adhesión y profundo agradecimiento, rogando fervoroso á Dios haga feliz el reinado de D. Alfonso XII, quien heredó con la corona el heroico valor de don Felipe V *el Animoso*.

Durante la invasión napoleónica sufrió muchas vejaciones la villa de Brihuega, sumamente adicta á la noble causa de su nación y su Rey. La fortificó en 1810 el general Hugo, padre del célebre poeta y novelista, levantando además en el Cerro de la Horca el artillado castillejo de *Rio Milanos*.

El 24 de Enero de 1823 los realistas catalanes mandados por Bessières, á cuyas órdenes

estaba el coronel de caballería D. Nicolás de Isidro, batieron á las columnas del ejército constitucional y milicia de Madrid que regía el capitán general de Castilla la Nueva O'Daly, haciéndose dueños de las baterías colocadas en la fuente de Quinoñeros y rechazando aquella misma noche á la columna del Empeinado, que, ignorante de lo acaecido á los suyos, trató de penetrar en aquella población, teatro de sus hazañas muchas veces contra las tropas del Corso.

En 16 de Agosto de 1825 llegó á Brihuega, punto de reunión para el alzamiento en armas de los ultra-absolutistas, el mariscal de campo D. Jorge Bessières; fracasó el movimiento, y apresado por el teniente coronel Albuín (*el Manco*), fué fusilado diez días después en Molina de Aragón por su compatriota el general conde de España.

En Setiembre de 1836, después de la acción de Matillas, pernoctó en Brihuega el jefe carlista Gómez, y en 20 del mismo mes del siguiente año la expedición mandada por don Carlos de Borbón, batida en Aranzueque por el general Espartero, ante quien retrocediera desde las puertas de la capital de España.

En la noche del 3 al 4 de Agosto de 1874

fué sorprendida Brihuega por 1.700 voluntarios carlistas mandados por Villalaín, quien exigió rehenes y una cuantiosa suma para evitar los estragos que amenazaba ejecutar.

No sólo ha tenido que lamentar esta villa los funestos resultados de tantas guerras civiles; en 1834 y en 1855 el terrible *cólera morbo*, chacal de nuestras revoluciones, llenó de luto las almas y de víctimas el castillo, convertido en cementerio. Los virtuosos sacerdotes don Manuel Moreno, mi respetable tío, párroco de Santa María, D. Fr. Gabriel Gordo y D. Pedro Sánchez, sucumbieron asistiendo á los invadidos de la epidemia con evangélica caridad (1).

En 6 de Setiembre de 1877 una espantosa inundación, proveniente por lluvias torrenciales, coronada por el cárdeno fulgor de los relámpagos y el pavoroso estallido de los truenos, desplomó un gran número de edificios, causando la ruina de sus infelices moradores.

Terminaremos la breve y triste historia de esta población, digna de mejor suerte: después del áspero invierno sonreirá la dulce primavera; en pos de oscura noche destellará la aurora de hermosos días para este pueblo tan cristiano, tan sufrido, que guarda en la Ma-

dre de su Dios, en su Virgen de la Peña, el imán de sus corazones, la estrella de su esperanza.

XII

Dulce sello reviste de encanto y poesía la devoción á la purísima Madre del divino Redentor: desde la aurora del cristianismo fué dignamente venerada la Santa Virgen, santuario sin mancilla del Hijo del Eterno. Apareció coronada de luceros, vestida del sol, siendo su pedestal la blanca luna, arco iris de fúlgidos colores, prenda de la divina misericordia, estrella del mar en las tempestades, en la aflicción consuelo y esperanza, de gracia y virtudes rico vergel, abogada y medianera de las almas con Nuestro Señor Jesucristo, que ante la majestad de Dios Trino y Uno con sacrosanto mérito intercede. ¡Magnífica y áurea cadena que enlaza la grandeza del Altísimo con el átomo oscuro y fugaz de nuestro humano sér! ¡Así en la súplica del creyente, en el suspiro de la tristeza, en el gemido del moribundo se hermanan siempre estos dos nombres bendecidos, Jesús y María!

¡Loor eterno á la Virgen Madre del Hombre

Dios, á la Reina del cielo, anunciada por los Profetas, venerada por los Santos, ensalzada por los ángeles, que así llenaremos sagrado deber filial con quien nos adoptó llorosa al pie de una fúnebre cruz!

La Estrella de Nazareth tiene también título de Reina en la agreste y florida Alcarria, reverenciándose á la Santísima Virgen en iglesias y ermitas muy notables y frecuentadas por la devoción de los fieles. Tales son, entre otras muchas, la Soledad, la Antigua, el Amparo, el Valle, Sopetrán, Barbatona, la Hoz, Enebrales, la Luz, el Carmen de Bolarque, Soterraño, Remedio, la Oliva, la Salceda, los Llanos, el Socorro, el Saz, la Esperanza, el Madroñal, el Collado, Monsalud, Consolación, el Espinar, Fuensanta y Bienvenida.

En todos estos santuarios se venera á Nuestra Señora con distintas advocaciones, con imágenes más ó menos renombradas, pero siempre recuerdo de AQUELLA que vió el evangelista San Juan con diadema de estrellas en los cielos.

Objeto de estas humildes páginas ha de ser, con el auxilio de Dios, la majestuosa efigie de Nuestra Señora de la Peña, cuyo no interrump-

pido culto, imperio y patrocinio poderosos cuenta dilatados siglos en la cristiana villa, cuya descripción é historia ha llenado los precedentes capítulos.


El protestantismo, planta maldita brotada del cieno de la impiedad y depravación, acusa calumnioso de idolatría á la católica creencia por el respetuoso culto que á los santos é imágenes tributa. Tal acusación es un absurdo: los católicos sólo adoramos á Dios; á la Bienaventurada Virgen y á los Santos les rendimos un culto relativo en sus imágenes, del mismo modo que conservamos con respetuosa ternura el retrato de una persona amada, en memoria del original que nos recuerda.

La conducta feroz de los iconoclastas ha sido plagiada por los sectarios de la Reforma, que han desplegado un lujo de barbarie con las efigies y reliquias de los Santos, los templos y sepulcros de los católicos, á quienes redujeron á dura esclavitud, convirtiendo la Irlanda y Europa septentrional en un lago de sangre y ruínas. ¡Roguemos al Señor aleje de nuestra España para siempre días de tanta amargura!

XIII

¿Quién puede cruzar su mirada con el esplendente sol? ¿Cómo las densas tinieblas han de elogiar dignamente á la divina luz? Dificil es, por tanto, consiga describir mi débil inteligencia la imagen de María, siempre Virgen, candor de la eterna luz, espejo sin mancha de la Divina Majestad.

La milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Peña es antiquísima escultura de madera preciosa, aunque de ignorada clase, tal vez exótica en nuestros climas, conservándose al través de tantos siglos y vicisitudes sin el más leve detrimento.

 Su rostro es ovalado, sus facciones correctas y armoniosas, bellísimos sus ojos rasgados y modestos, cuyas miradas atraen los corazones santamente, su frente despejada y tersa, sus cejas arcos preciosos, su nariz correcta y fina, sus mejillas rosadas por ligero carmín, su boca linda y breve; perfecta en su totalidad y en sus detalles, es una artística joya que á la majestad de Reina suma el candor de una Virgen y la humildad de una Santa. Personas venera-

bles aseveran que este semblante, de una belleza ideal, se nubla y entristece el día de inmenso dolor... ¡el Viernes Santo!

El especial colorido de su rostro es idéntico en la efigie que en el Niño Jesús, á quien apoya sobre su corazón y ofrece con su mano derecha una manzana. ¡Cuadro encantador y sencillo del afecto maternal! Semeja un color de perla la encarnación de sus morenos semblantes, cuya hermosura destella glorioso resplandor, formando suave aureola en torno de aquel Hijo, santo entre los santos, y aquella Madre, la más pura de las vírgenes. Primorosos y elegantes son el ropaje del manto y escultura del vestido de colores de oro y carmín, esmaltados por rosas, estrellas y azucenas. Exterior adorno de la imagen, sus vestiduras riquísimas la hacen aparentar mayor altura y cual si estuviese de pie, siendo su actitud realmente majestuosa y hierática, sentada como todas las más antiguas efigies de la Virgen en trono de igual estofa, entrelazando con vistosas labores, flores y matices áureos, si bien de más pálido color.

Desciende desde el cuello hasta las plantas de la imagen una túnica no entallada, sino talar y majestuosa, y del mismo modo el

manto con amplio vuelo lateral, ondeando en pliegues muy graciosos, que realzan la escultura. Sobre la bella frente de la efigie hay una primitiva corona de una madera análoga, y sobrepuesta triple diadema de plata sobredorada, orlada con magníficas estrellas de piedras preciosas deslumbrantes. Desde los hombros del venerado trasunto de la Reina celestial forma un arco magnífico rica sobrecorona con rayos por remates, ostentando en su centro la salvadora cruz.

Adornan valioso dosel ó pabellón y gran número de argentadas joyas el trono y el altar donde fulgura Nuestra Señora de la Peña en su precioso camarín, lujosamente adornado por la incesante devoción y gratitud filial del pueblo birocense, justamente envanecido con tan celestial tesoro.

XIV

Sucumbió bajo el hacha de los bárbaros del Norte el árbol secular del Imperio romano en Occidente, alzándose sobre sus ruínas en la ibérica península la monarquía visigótica. Días luctuosos de amargura cruzó la Iglesia cató-

lica en España, pues las hordas que brotaron de las teutónicas selvas, ó desprendidas cual un inmenso alud de escandinávicas nieves para devastar la Europa meridional, llegaron infectadas por el veneno letal del arrianismo.

Alzóse altar contra altar entre españoles y godos, á quienes profundamente separaban, no tan sólo diferencias de idiomas, razas, costumbres y civilizaciones, sino también la religión, cuestión social más importante todavía. Preciso fué que el vapor humeante de la sangre generosa de un mártir de regia estirpe se elevase sobre el trono español para que sus monarcas adorasen la divinidad de Jesucristo, Nuestro Señor, alzado sobre una cruz en el Gólgota. Mereció el insigne Recaredo el título de Rey católico, que jamás abandonarán sus sucesores.

Durante los comienzos de la visigoda dominación existía en Brihuega una población católica, interpolada con habitantes heterodoxos ó arrianos. Para su régimen espiritual tenía cada una de las dos creencias un abad mitrado con atribuciones semiepiscopales.

Tendió sus negras alas en la villa terrible peste, sembrando el luto y el espanto la muerte que por sus ámbitos cerníase. Para aplacar la

cólera de Dios imploraron fervientes los católicos la protección de la Santísima Virgen, y dispusieron llevar procesionalmente su bendecida imagen, resplandeciente ya con numerosos prodigios, que cuotidianamente experimentaron en época anterior sus hijos devotos en Brihuega.

Apenas un corto trecho anduvo la devota procesión cuando todos los católicos enfermos de la epidemia se levantaron repentinamente sanos, agregándose al séquito de la sagrada imagen sin que en los días sucesivos ninguno de esta religión fuese herido por el contagio mortífero.

Recrudeciósse en cambio entre los herejes, quienes suplicaron con repetidas instancias que la efigie de la Virgen tornara á salir procesionalmente en favor de ellos, que, arrepentidos, anhelaban pertenecer á la católica grey. Obtúvose idéntico beneficio y abjuraron solemnemente los arrianos sectarios sus errores; en el escudo de armas de la villa, que representa un castillo circunvalado de rocas, grabóse la imagen de María Inmaculada y arbolados los dos báculos pastorales, signo de la religiosa unión, adoptándose por unánime voto á la Reina celestial como Patrona de Brihuega.

De esta población ostenta en su primer cuartel el antiquísimo escudo una imagen de la Santísima Virgen, exacta copia de la que es reverenciada en el templo de Santa María con el título de Nuestra Señora de la Peña; en el segundo cuartel hay un castillo roquero. Así está esculpido en la casa de Ayuntamiento, en los edificios y obras públicas, y en la antigua Cruz del Roble.

Mas acerca del origen del culto de esta veneranda efigie en Brihuega extiéndese un ambiente misterioso, cual densa bruma que vela las gigantescas montañas, coronada su cúspide de nieve, ocultas en el fondo tornasolado de las nubes. Creencia popular afirma que esta sagrada imagen (una de las más antiguas que existen en nuestra provincia) fué traída del Oriente por los primeros discípulos que acompañaron al apóstol Santiago al evangelizar la Carpetania... ;Sólo Dios sabe esta verdad!

XV

De la candente arena de la Arabia surgió un pueblo tan cruel como veloz, no menos terrible que salvaje, cuyos corceles parecen hi-

jos del huracán; no cuenta sus enemigos, desconoce la misericordia, triunfa de los reyes y se ríe de los inexpugnables muros. Vuela en astillas el trono de Ataulfo, y una batalla de ocho días en el Guadalete preludia una guerra de ocho siglos.

Los restos del ejército cristiano inician en las fragosas montañas septentrionales una heroica cruzada contra los fieros invasores, epopeya gigante de la reconquista del sagrado suelo de la patria, debida al sentimiento religioso que impidió la fusión de las dos razas hostiles. Se proclamó desde el altar la lucha santa contra los infieles; los monjes y los Prelados ciñeron la loriga de guerrero; los santos patronos de España, combatieron á la cabeza de los castellanos escuadrones.

Reforzados los árabes con nubes de indómitas tribus africanas, defendieron valerosamente el territorio conquistado con inaudita rapidez, oponiendo al heroismo español la superioridad numérica. Gran parte de la vencida raza había permanecido en la región dominada por los agarenos adoptando su idioma, trajes y costumbres, pero conservando las creencias católicas con el derecho de elegir sus jueces. Jamás se asimilaron ambos pueblos, y la suerte

de los cristianos mozárabes fué tan desventurada como ha sido después la de los cristianos de Grecia, del Líbano y de Oriente. Es cierto que en cambio de tributos onerosos se les toleró penosamente su religión y culto; mas cuando la irrupción de los hijos de Ismael pasó cual tempestad de fuego por España, nada respetaron su codicia y fanatismo.

Los templos saqueados ó destruídos se mancharon con la sangre de los ministros del Señor; los fieles lloraron en la emigración ó el cautiverio su patria y la cruz, holladas por las hordas feroces del Mediodía. Las preciosas reliquias de los Santos, las efigies del Redentor y de la Virgen, sustraídas por la piedad de los vencidos, fueron transportadas á las montañas, baluarte de la independencía nacional y asilo de los que pudieron salvarse del naufragio pavoroso.

En la espesura de los bosques, en los riscos de fragosidad inaccesible ó en los más lóbregos precipicios fueron ocultas varias sagradas imágenes, salvándose del fanatismo de los sectarios del Korán. La preciosa efigie de Nuestra Señora debió ser protegida por las rocas del derrumbadero, merced al filial cariño de los moradores de Brihuega, permaneciendo velada

más de tres siglos hasta su aparición á la infanta mora Elima, según antigua y venerable tradición.

El documento más auténtico escrito por el presbítero Lic. D. Francisco Ruíz de los Santos con fecha 3 de Octubre de 1637 (copiado de un manuscrito por su antigüedad casi ilegible), se conserva en el Archivo de la Cofradía de Nuestra Señora la Virgen de la Peña en esta católica villa (1).

XVI

Dos clases de tradiciones existen: universales y particulares; á las primeras debemos cabal fe, y si pertenecen al dogma de nuestra Religión, se detiene respetuosa en sus umbrales la humana Filosofía. La tradición es tan antigua como el mundo; hasta que el Eterno, orlado de estruendos y fulgores, otorgó en el Sinaí las Tablas de la ley al pueblo de Abrahám, éste rigióse por las tradiciones patriarcales. Cuando el Divino Salvador, el suspirado Mesías, iluminó la tierra con su evangélica ley de gracia, fueron sancionadas las tradiciones de Moisés.

En la cristiana Iglesia aparecen las apostólicas tradiciones cual estrellas brillantes en el éter, confirmando de nuestra fe los inefables misterios. Así dice el apóstol de las naciones, San Pablo: «Hermanos, estad firmes y guardad las tradiciones aprendidas por palabra ó carta nuestra...» «Si es tradición, no busques más certeza ni argumento»; exclama San Juan Crisóstomo, río caudaloso de la elocuencia cristiana. Las tradiciones religiosas universales han de estar aprobadas por los Concilios ecuménicos, el uso de la Iglesia católica y el testimonio de los Santos Padres.

Alteza tanta no revisten las tradiciones particulares; pero muchas veces prueba eficaz constituyen, según San Agustín y San Gregorio, si no estuvieran combatidas su antigüedad y constancia en la nación, en la provincia, en la ciudad, por tradición opuesta ó diferente, no sólo conservándose en la memoria de las generaciones sucesivas del país, sino en los oficiales documentos de los públicos archivos.

Reune valiosas circunstancias la tradición de Nuestra Señora de la Peña. La voz universal, de siglo en siglo, fielmente la transmite, no tan sólo en Brihuega y el reino de Toledo,

sino en el continente americano. Resuenan loores á esta Virgen, no sólo en el sonoro lenguaje de Castilla, sino en el dialecto de los aztecas; se postran á sus plantas los hijos de Cortés y los descendientes de Jicotencal y Moctezuma. «Las tradiciones eclesiásticas que no son contra la fe, afirma San Jerónimo, se han de observar como nuestros antepasados las tuvieron. »

Mofarse de la tradición sería tan criminal como profanar un sepulcro; su dignidad, su constancia, el respeto universal de las edades, imprimen en su frente augusto sello. Destruirla, es herir de muerte en el corazón las más puras, santas y dulces creencias; es favorecer la causa de los herejes, inconciliables adversarios de las tradiciones religiosas.

Que no tan sólo la pluma de los cronistas y la elocuencia inspirada de los oradores sagrados, sino también la lira de los poetas, ha brotado sus ecos armoniosos para conmover los corazones, para encantar los espíritus con la tradicional leyenda religiosa de nuestra Virgen de la Peña.

Brihuega lo confirma en el patronato que juró al celestial Consuelo de los Afligidos desde su milagrosa aparición y hallazgo en el

seno de la escarpada roca sobre la cual se fundó, cual nido del águila real, su santuario venerable, preferente á las demás iglesias de la villa, de quien es hace más de quince siglos protectora y abogada.

Bella tradición guía al pueblo birocense en la oscura noche de la Edad Media, como la columna luminosa marcaba á Israel su rumbo en el desierto, y en nuestros días arde cual lámpara de alabastro cabe el altar de la Reina de los Angeles.

XVII

Erigióse Toledo en reino independiente quince años antes de la ruina del califato de Córdoba (1012), de cuya dominación había sido encarnizada enemiga, guerreando sin cesar contra la metrópoli árabe auxiliado por los reyes de Asturias y León. Ismayl-ben-Dzy-el-Nun, magnate toledano, nombrado valí de aquella ciudad, fundó su dinastía, que sostuvo vigorosamente hasta 1043.

Su hijo y sucesor Yahyah-el-Mahmún (*el Afamado*), llamado vulgarmente Aly-Maimón, aliándose con los emires de Albarraçín

y Valencia, su yerno, verificó invasiones en Andalucía y Murcia. Llegó Toledo bajo su dominio al apogeo de cultura y esplendor: poetas, sabios, arquitectos primorosos y escritores sobresalientes la habían trocado, dice Romey, en el emporio del lujo y de las artes.

No sólo fué tributario sino leal amigo del monarca de Castilla D. Fernando I, y su hijo D. Alfonso sabemos halló en Toledo asilo paternal durante su desgracia.

En una de las expediciones en que el monarca leonés acompañaba á su protector el de Toledo, una de las hijas del Emir, llamada Elima, fué á residir al castillo de Brívea ó Brihuega, acaso porque la frescura y pureza de su ambiente conviniera á su salud. Además de las esclavas que asistían á su real persona quedó una escolta de guardias musulmanes, con un anciano cautivo de nacimiento español, cuyo apellido era Ponce, y á quien nombraban los árabes el Cimbrey. Granjeábanle la estimación no menos del Rey moro que de la joven Infanta, su nobleza, ilustración y distinguidas cualidades.

Durante la estancia de Elima — que Ossorio dice ser Santa Casilda — en el castillo de la Piedra Bermeja, tuvo más tiempo y liber-

tad el buen esclavo para hablar á su señora sin enojosa presencia de testigos, revelándola ser hija de una cautiva cristiana, de quien se había enamorado Aly-Maimón; que su santa madre era ya muerta, pero que su alma la protegía desde la mansión celestial.

Impulsada por una luz superior, por influencia de la gracia divina, apenas oyó con enternecimiento que su madre había sido cristiana, preguntó anhelante al Cimbres :
— ¿Qué es la ley de los cristianos?

Complacido por esta pregunta, Ponce respondió manifestando las sublimes creencias de nuestra religión sagrada, los misteriosos dogmas de la Santísima Trinidad, la Encarnación purísima del Verbo, la Redención en la cruz por el Divino Salvador del mundo y la superioridad del Evangelio, que respira tan noble sencillez, sobre el fantástico Korán de los infieles.

El Espíritu Santo conmovió el alma de Eli-ma impulsándola hacia la cruz, de suerte que en brevisimo tiempo aprendió los primeros rudimentos de la fe de Jesucristo Nuestro Señor y los deberes del cristiano. No descuidó perfeccionar su conversión el religioso celo del Cimbres, al cielo tributando gracias mil é im-

plorando divino favor para llevar su buena obra á feliz término.

Las dulces oraciones del *Padre nuestro*, dictado por un Dios humanado, del *Ave María*, saludo de un arcángel á la Reina de las Vírgenes, y la preciosísima *Salve*¹, cántico digno de célicos laudes, encantaban el corazón de la Infanta, cuyos labios repetían incesantemente tan inefable idioma, grabando en su entendimiento con firmeza las religiosas verdades que con la observancia de la divina ley son para nuestra eterna salvación imprescindibles.

Elima, cándida azucena en medio de las cenagosas ondas del Islám, sentía henchido su espíritu de pensamientos sublimes, misteriosos, al meditar las maravillosas creencias, los deslumbrantes espejismos de una fe que había sido también la de su madre adorada. ¡Cuán

¹ No pretendemos afirmar que la *Salve* rezada á la Virgen por la princesa Elima fuese la misma que hoy rezamos nosotros, pues se cree que el origen de ésta no es anterior al siglo XIII, atribuyendo su composición unos á San Bernardo, otros al monje Herman, y otros, en nuestro pobre juicio con mayor fundamento, á San Pedro Moxoncio, arzobispo de Santiago de Galicia.

magníficos horizontes descubría con asombro! ¡Qué tesoros en la oración fervorosa, blanca nube de incienso que al trono del Altísimo ascendía! La Virgen, á quien apellidaba en su destierro ¡madre mía!, ¿no era también la Madre de su Dios?

Surcaba la inmensidad su tímida plegaria, intercediendo piadosa por el alma del sér amado á quien debía su existencia, impeliéndola santamente en el áspero camino del cielo trazado con la sangre divina de Jesucristo nuestro Señor... ¡Qué mayor felicidad para una hija!

¡Y había, allá en las inaccesibles regiones de la increada luz, una Virgen Madre que tanto lloraba al pié de la Cruz del Redentor, implorando la divina piedad en pro de las almas redimidas que en la tribulación sollozan!

¡Cuánto amabais, Elima, á esa dolorosa Virgen! Con indecible ternura repetíais la oración suavísima de la inspirada Salve; mas sólo podrán los querubines explicaros dignamente quién es la santa criatura, madre bendita de Dios!

XVIII

Océano de gracia y de virtudes, lirio fragante de pureza, mística rosa del Carmelo, cedro del Líbano, ¿qué valen tesoros de poesía para ensalzar dignamente á la Virgen de Nazareth, á la Madre del Señor? Ya desde la aurora del mundo surge cual estrella de esperanza para la proscripta humanidad; nieta de reyes vive en la austeridad y en la pobreza, no turba la nitidez de su alma, por divino privilegio, de la culpa original ni aun sombra leve; á su pureza virginal inmarcesible y perpetua sin fin, la augusta prerrogativa sin detrimento reúne; la de ser madre, ¡Madre de Dios!

El Rey de cielos y tierra encarna y vive en este templo de magnífico y misterioso cristal, y nace cual un rayo límpido de sol sin mancha ni fractura. Y esta Virgen Madre asocia sus dolores á la encarnizada persecución que sufre Jesús desde su cuna humilde; cruza el desierto fugitiva, gime proscripta en extranjero país, torna temblorosa á Jerusalén por la suerte de su hijo; acompaña le pálida de espanto en su predicación maravillosa, en su

noble existencia de peligros erizada, en sus triunfos, breves y espléndidos reflejos de su esencia celestial, en la calle sangrienta de la Amargura, en su Pasión dolorosísima y sublime, cuyo relato estremece el corazón después de tantos siglos... Transida el alma de aflicción inmensa en el Gólgota al fulgor de los relámpagos y al estruendo del terremoto, estrecha contra su seno el lívido cadáver de su hijo, asesinado ferozmente por ser Hijo también de Dios. ¡Madre dolorosa, reina de los mártires, que lloráis desconsolada en horrible soledad!

Surge del sepulcro Jesucristo resplandeciente de gloria, hermoñado con las sagradas cicatrices con que sellara la redención del mundo, asciende vencedor al cielo, siéntase á la diestra del Eterno Padre hasta que torne de sus ángeles precedido, siendo su trono una nube, la cruz su cetro real, en medio de las convulsiones de muerte de la creación para juzgar á los hombres en la tierra, donde tan cruelmente fué juzgado.

Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, precursoras de este día terrible, que es un secreto de Dios; los pueblos de la tierra se estremecerán al ruido tumultuoso de las

ondas del mar. El corazón de los hombres desfallecerá por el temor y la expectación del porvenir; hasta las potencias celestiales se estremecerán... Velad y orad constantemente, á fin de evitar lo que debe sobrevenir y haceros dignos de presentaros delante del Hijo del Altísimo..... El cielo y la tierra pasarán; mas no estas palabras brotadas de sus labios purísimos y escritas en los santos Evangelios.

María, Madre de Dios, es llevada al empuje por los espíritus angélicos, y es aclamada al lado de su Hijo y coronada reina de la Sión eternal. Allí, Virgen clemente, auxilio de los cristianos, ruega al Salvador por nuestras almas con tan alto rescate redimidas y templo de Dios, ofendido por nuestras culpas, los justicieros rigores.

XIX

Escuchaba Elima con enternecimiento la voz del catequista, sintiendo arder las puras llamas de su filial amor, su devoción y entusiasmo hacia esa Virgen tan sublime y poética como santa.—¿Cuándo veré yo—decía—á la reina Madre?—«Sed cristiana, sed buena y la ve-

réis en el cielo», respondíala el Cimbre. — No os afijáis, señora, rezad fervorosamente. Vos anheláis vivir con pureza y gracia de Dios en su católica santa ley; quién sabe si, aunque no sois digna de una merced tan excelsa, podréis contemplar en este sombrío valle de lágrimas á la celeste Emperatriz... ¡la fe transporta los montes!

Su santo anhelo avivaba sin cesar la Infanta mora, llorosa, mirando al cielo que descubría desde una ventana del castillo, frente á un elevadísimo peñasco, suplicando con humildad á la Santísima Virgen que su divina presencia se dignase manifestar. Duró algunas noches esta tierna lucha, desconsolándose sin desesperar Elima, y el Todopoderoso que ensalza á los humildes y abate á los soberbios se apiadó de la sinceridad é ingenua fe con que rogaba contemplar á la Madre de la divina gracia.

Era una noche de estío impregnada de encantos y misterios; bajo el pabellón azul de la celeste bóveda brillaban millares de estrellas, magníficas antorchas del ara del Señor; declinaba al horizonte la luna nacarada; oíase en lontananza el melancólico rumor de las argentinas olas del Tajuña; tristes endechas can-

taban los ruiseñores en los temblorosos árboles de la cercana vega; las flores exhalaban balsámico perfume, y un himno de inefable melodía parecía vibrar en el espacio, cantado por los espíritus del bien.

Allá recortaba vigorosamente las sombras vagarosas de la noche fúnebre silueta del castillo, y en uno de sus elevados torreones, en el alfeizar de la ojival ventana, se advierte forma indecisa... Es la delicada figura de una mujer joven y hermosa... Es Elima, es la princesa convertida al cristianismo; alza sus negros y rasgados ojos á ese cielo cerrado á sus fervientes súplicas, húmedos con el llanto pero brillantes con el divino inmaterial amor. Ella reza de hinojos prosternada, se cruzan sus manos de alabastro para sofocar de su pecho los sollozos, sube desde sus labios de púrpura una plegaria dulcísima á unirse á las armonías y magnificencias de la creación. Y es la oración predilecta de la candorosa neófita, es la salve angelical la que una y cien veces extática modula. ¡Cuántas veces asocia el nombre y el recuerdo de su madre al de la Madre de su Dios!

Oyó el Eterno las plegarias de la inocente Elima «y llegó el tiempo de descubrirse y resplandecer el sol, que había estado nublado,

y se encendió una grande lumbre con admiración de todos... » Una señora de sobrenatural belleza, de mirada profunda, casta y misericordiosa, cuya hermosa faz brillaba como el relámpago y su vestidura como la nieve, esbelta como la palmera de Jericó, de regio ademán, de sonrisa majestuosa y dulce, surgió súbitamente ante la hija del Emir.

Aparecióse la Santísima Virgen á la fervorosa Infanta, que absorta la contempló, iluminando con sus celestes rayos los próceres olmos que coronaban la excelsa roca frontera del castillo, sirviendo sus opulentas copas de esmeralda de trono y pedestal á la Reina de los ángeles. Iluminóse el horizonte ante la Estrella del mar; cielos y tierra se estremecieron de júbilo. Los árboles, que sustentaban orgullosos la santa aparición, brillaron como abrasados por un incendio voraz, mas sin perder su rico verdor nativo; las rocas destellaron y florecieron; aromas y armonías misteriosas brotaron en el éter por doquier. ¡Y esta llama que circuía los álamos, siendo, en vez de abrasarles, suave y fresco rocío que aumentaba su lozanía y verdor, era emblema de la Santísima Virgen María, que concibió celeste fuego sin deterioro de su pureza virginal!

XX

Indescriptibles son el respeto, júbilo y ternura de la extasiada Elima al contemplar sobre la gigante peña la celestial imagen de la Virgen con su divino hijo el Niño Jesús en sus maternos brazos. ¡Cuál bendecía al Dios de las misericordias, que se dignaba se apareciesen ante la humilde suplicante la santa azucena de Sión y el divino capullo de azahar, cuya esencia embalsama la inmensidad del Edén! Con sublime arrobamiento cruza su mirada trémula con aquel deslumbrante sol del Mediodía. Anhelando que todos los moradores del castillo de la Piedra Bermeja rindiesen también veneración y homenaje al Divino Nazareno y á su Inmaculada Madre augusta, llamó con trémula voz al Cimbre y al resto de su servidumbre.

Mas desaparecer vió repentinamente aquellas dos imágenes tan aéreas y encantadoras cual jamás pudo soñarlas del poeta la fantasía, ni del pintor las santas inspiraciones. ¡Parecíale faltar luz á sus ojos, ambiente á su garganta, sangre á sus venas, latido á su corazón! ¡Cuán triste era aquel descenso brusco

y rápido del día esplendoroso á la densa oscuridad! Sintió herida su alma por acerada flecha de dolor, cual náufrago que al borde de la playa es repelido por el embate de las ondas. ¿Dónde os habéis ido, Reina y Madre? exclamó con desgarrador acento. «Mirad bien — ordenó dirigiéndose al Cimbre y á los demás esclavos — no os detengáis; esa celestial figura se abismó en las raíces de los olmos... ¡está allí!... apresuraos; ¡cuidad no se desplomen las rocas y sepulten para siempre ese tesoro que encierran! »

Confuso quedó Ponce, no acertando á discernir si era mística ilusión ó real este milagro; mas pronto abandonó sus reflexiones para cumplir el mandato de la Princesa. Descendió al precipicio, cuya profundidad ocasiona vértigos, ceñido con fuertes ligaduras, de modo que pudieran sostenerle los esclavos que permanecían en la cúspide de la peña. Halló escondida entre los silvestres álamos una caverna ó gruta natural, y en una circular excavación de su base, protegida por una campana contra las filtraciones de las lluvias y los detritus de la roca, distinguió una escultura de la Santísima Virgen.

Cayó de rodillas ante la imagen el cristia-

no, gracias humildes tributando á Dios por hallazgo tan precioso, y alzándose después radiante de alegría, mandó á los que arriba estaban esperando le subiesen. Llegado á la presencia de la hija de su Rey, turbado por la emoción y asombro refirió cómo había visto el cielo en la concavidad oscura de la peña; que allí se encontraba una imagen de la Inmaculada Virgen María, teniendo en sus brazos al Niño Jesús, resplandecientes ambos de hermosura, y todo en su redor respiraba como un olor suavísimo de gloria.

Habitaba en Brihuega un canónigo mozarabe de Toledo, confesor de D. Alfonso, rey de León, á quien éste encomendara la dirección espiritual de la cristiana grey de su apreciada villa. Aconsejada por el Cimbres la hija de Alimenón, hizo llamar al sacerdote, narrándole tan milagroso suceso y encargando á su autoridad la solemne y esmerada ascensión de la sagrada efigie. Rindió al Eterno fervorosas gracias el venerable preste por hallarse día tan feliz en aquella Brioga, nácar precioso de divina perla.

Acompañado de Elima, el Cimbres y demás servidores, no menos que de toda la población birocense en masa, avanzó el ministro del Se-

ñor hacia la roca de la Virgen cantando religiosos himnos, cuya estética y dulzura no puede emular la humana poesía. Con devoción y ternura elevaron la imagen de Nuestra Señora hasta la abrupta cúspide, prosternándose de hinojos ante su serena faz, adorando á Dios y tributando loa y homenajes á los valiosos retratos del Redentor y su purísima Madre. Resonaron con santas bendiciones los ecos del contorno, mientras el gorjeo de las aves, el susurro de la brisa, los valles esmaltados de rocío y el sol, que desplegaba en el Oriente su diadema de luz, embellecían aquel cuadro tan sublime.

XXI

En devoción, entusiasmo y humildad nadie igualaba á la dichosa Elima; fortalecida su fe ante la suspirada presencia de aquella bendita efigie, creyéndose digna de obtener la palma de los mártires, pidió llorosa el bautismo, pues era cristiano ya su corazón. Sobre la frente de la Infanta derramó el agua del Sacramento el venerable sacerdote, arrostrando sin temor el enojo del padre y mahometano Rey. ¡Qué entusiasmo produjo en los mozára-

bes, esclavos y leoneses la conversión de la Princesa mora! Juraron todos verter, si era preciso, su sangre defendiéndola y sucumbir asociados á su gloriosa catástrofe.

Indecible es al propio tiempo el furor de los guerreros árabes ante el suceso inesperado que coronaba aquella serie de maravillas; pero los contuvo el respeto debido á la hija de su Emir unido á la entusiasta explosión de los cristianos. No obstante, el jefe de los guardias, moro de noble estirpe, pariente de Aly-Maimón, había permanecido en Brihuega por orden de su Rey, que acompañado de D. Alfonso de León había marchado á la fortaleza de Hita. Fanático musulmán, valiente y ambicioso, estaba profundamente enamorado de Elimá, cuyo corazón y mano anhelaba conquistar.

Júzguese el espanto de Alhakém (que así se llamaba, según la tradición, el moro) al ver desvanecidas sus doradas ilusiones, pues la conversión de Elimá á la religión cristiana abría entre ambos corazones un insondable abismo. ¿Trató de arrebatár al frente de sus guerreros á la Infanta ú oponerse á su decisión? ¡Ello es que fué muerto de una estocada por un cristiano mozárabe!

Este trágico suceso, que parecía arrojar fúnebre sombra en el brillante cuadro que presentaba Brihuega, sirvió para demostrar la grandeza y misericordia de la Virgen; pues á la vista de su imagen, en triunfo procesionalmente llevada entonces por el pueblo, recobró el moro la vida, y reconocido el milagro en su favor confesó ser única verdad la ley de Cristo. Pidió con ansiedad ser bautizado, como lo fué al cabo de algunos días, suficientemente instruído en la doctrina católica, y es fama que vivió siempre cristiano ferviente y virtuoso ⁽¹⁾.

Supo el Emir la conversión de la princesa rodeada de tan notables prodigios; resignóse con el fatalismo de su raza, y estrechando la mano del Monarca leonés, exclamó: ¡Alá kerím! (¡Dios lo ha dispuesto!) ¡comprendo que la sangre cristiana de Elima habla en favor de la religión de su madre, cuyo santo recuerdo no se borrará nunca de mi lacerado corazón!

No dice la tradición el nombre que tomó Elima en el bautismo; es muy probable fuese el de María, en recuerdo de la celeste Miriám, á quien amaba tanto. Edificóse por su instancia y fervor en Brioga, sobre la roca escarpada,

su pristino albergue, una elegante ermita. Allí fué colocada en regio trono Nuestra Señora de la Peña, acudiendo los comarcanos pueblos á venerarla y ofrecerle dones de gratitud, conmovidos ante las maravillas del Altísimo por la intercesión de la Purísima Virgen.

Durante su peregrinación en la tierra no quiso la Infanta separarse del santuario de aquella gloriosa imagen, ante quien se ejercitaba en continua y dulcísima oración, mortificándose con ásperos cilicios y rígida austeridad, que acrisolaban su pureza y virtudes. Flor delicada, joven de regia cuna, bella cual una hurí, educada en el alcázar fastuoso que respiraba la voluptuosa cultura del Oriente, rodeada de lujo, placeres y homenajes, abandona con desdén existencia tan seductora y halagüeña para vivir, cual penitente humilde, prosternada á las plantas de María, por cuya real vista exhala hondos suspiros, cual ángel desterrado de la eternal Sión.

Llegó por fin el venturoso momento en que á Dios plugo llamar el alma de la cristiana y ascética virgen á que morase eternamente entre los hijos de la luz. Ossorio dice que fué el día 15 de Abril del año de gracia 1095. En aquel mismo, mientras España proseguía su

cruzada en Occidente, conmovida Europa á la voz de Pedro el Ermitaño se lanzaba al Oriente á rescatar el Santo Sepulcro. El Vicario de Jesucristo en la tierra enviaba su santa bendición á los Reyes y pueblos que adornaban su pecho con la cruz y lanzaba en el concilio de Clermont el grito de ; *Dios lo quiere !*

Cumpliendo la última voluntad de la hermana de Santa Casilda y Ali, el monje de Sopenetrán, fué sepultado su cadáver en el pavimento de la ermita de Nuestra Señora de la Peña, y el bienaventurado espíritu de la admirable infanta Elima se abismaba en los raudales de gloria que circuyen el trono del Señor.

XXII

Surgen varios problemas á la meditación del espíritu cristiano en la sencilla y majestuosa tradición del glorioso hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de la Peña, oculta por la piedad de los vencidos en la horrible noche de sangre alumbrada por el incendio, que cubrió el horizonte de la patria al empuje feroz de las hordas del Islám. Aparécese después de tres centurias de años á la hija del

Rey moro, que de Reina y Madre con los suaves títulos la invoca, y exhala su existencia, como el perfume de una flor, á los pies del ara de la Virgen.

¡Qué leyenda histórica más bella! ¡Cuán dulcemente sublime! Así la blanca figura de la infanta Elima flota en el cielo sobre los negruzcos torreones del árabe castillo cual azucena misteriosa ó ángel de luz en el sombrío palacio de la muerte, donde duermen en el Señor tantos cristianos hasta el día pavoroso de la resurrección universal.

Verdad es que el descubrimiento de gran número de efigies escondidas por los cristianos en las terribles avalanchas de las razas hiperbóreas, ó en las asoladoras nubes de los hijos del Desierto, fué acompañado de prodigios; mas la aparición y hallazgo del célico tesoro en la roca sobre la cual se yergue el castillo de Brihuega, reviste circunstancias admirables, encantadora serie de maravillas, risueñas y lozanas cual guirnalda de candorosas flores, ricas y deslumbrantes cual regio collar formado de esmeraldas y rubíes del Oriente.

Según vemos rodeado de nubes el astro de la luz que surge de las azules ondas del Océa-

no, atmósfera ténue de misterio vela con celajes riquísimos de púrpura la aparición de aquella Virgen, oculta por tantos siglos en el corazón de la roca por un pueblo segado, tal vez, por la agarena cimitarra, ó extinguido en la cautividad ó emigración el recuerdo de aquella preciosa imagen, hasta que plugo al cielo recompensar la fe piadosa de Elima.

¿Fué personal la aparición de la Santísima Virgen? ¿Se dignó visitar las márgenes del Tajuña, en la España de los árabes, según había honrado con su presencia las del Tajo en tiempo de los visigodos, ó las del Ebro en la época romana? ¿Descendió realmente sobre la roca de Brihuega, respondiendo con su visión celestial á la dulce oración de la fervorosa Infanta? ¡Quién sabe! ¡Nuestras piadosas leyendas, nuestras crónicas religiosas, nuestras venerandas tradiciones afirman en todos los siglos las milagrosas apariciones de la Madre Dios! ¿Qué razón hay para juzgar imposible un suceso sobrenatural?

¿Se levantó la bendita imagen de María milagrosamente del fondo de los riscos y las breñas, después de secular eclipse, surgiendo bella y graciosa la Reina de los Angeles, la Madre del Salvador?

¿Acaso los espíritus celestes que alzaron su cadáver, que exhalaba ingénita fragancia, desde la gruta de Gethsemani, en resurrección gloriosa, á las gradas del trono del Altísimo, elevaron su efigie desde el fondo de la sombría peña, apareciendo radiante de fulgores á los ojos deslumbrados de la infanta Elima, que la invocaba con los dulces nombres de Reina y Madre? Ambas cosas pudieron suceder.

Ostenta regia corona sobre su hermosa frente virginal: un Niño... un Niño-Dios, bello como la gloria, cual la inocencia risueño, estrecha Madre santa sobre su corazón, henchido de purísima ternura. ¡Dios te salve, María! ¡*Salve, Regina Mater!!*

XXIII

Los milagros que Dios Todopoderoso se ha dignado resplandecer por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo é intercesión de su purísima Virgen Madre, á la que representada veneramos en la imagen de Nuestra Señora de la Peña, son tan innumerables como las hojas de los árboles, las espumas del mar y las arenas del desierto,

No existen hoy documentos anteriores al siglo xvi que refieran estos prodigios, por la rudeza de la época, del tiempo por estrago y la poca afición á escribir de aquellos hombres vestidos siempre de férreas armaduras.

Un índice, no obstante, conservado en el archivo parroquial de Santa María, de los milagros de Nuestra Señora de la Peña, dícenos, cual mástil salvado del naufragio, la grandeza de la nave sepultada en los abismos de las ondas.

Los siglos que destruyen las gigantescas obras alzadas por la mano del hombre, cubriendo de ruínas sus ciudades y de hiedra los imperiales palacios y los castillos más robustos, ¿pudieran respetar los viejos pergaminos que encerraban tan excelsas maravillas; mas plugo al Señor que si no en bronces ó mármoles, quedasen escritas en los piadosos corazones de los hijos de Brihuega.

Efecto de la distancia de tan remotos tiempos, son pocos los milagros que detallarse pueden; mas proyectan una aureola gloriosa en redor de la bendita imagen, semejando esas miríadas de nebulosas estrellas que, siendo brillantes soles, aparecen cual chispeantes átomos á nuestras débiles pupilas.

Dos prodigios notables ha conservado empero la tradición en Brihuega á través de tantos y tan agitados siglos. El primero convirtió al catolicismo los arrianos, y el segundo, que fué la resurrección de Alhakém, libertó de las represalias de los moros á la naciente colonia birocense.

No debemos extrañar que tan extraordinarios y transcendentales sucesos resalten entre los milagros individuales que refiere en conjunto, sin embargo, la tradición local. «Fueron (dice) innumerables los prodigios en que brilló magnífica la Virgen de la Peña cerca de su Invención, y lo manifiestan las gracias que los muertos, ciegos, cojos y tullidos y de otras dolencias han conseguido con sólo invocar á la Virgen de la Peña.»

Los milagros más memorables y auténticos están consignados desde la mitad del siglo xvi, tan austero y esplendente: siglo español en que su bandera dominaba el Nuevo Mundo y las más bellas regiones de la Europa. Existe, en verdad, un paralelismo misterioso entre la imagen sagrada brotando precursora de la reconquista de Castilla la Nueva, ante un rey destronado y fugitivo en tierra de infieles y la célebre efigie de la Virgen Santa, que atrae

los homenajes de España y Méjico, mientras el descendiente de D. Alfonso de León afirma que no hay para el sol instante que no alumbré en el globo dominios españoles.

XXIV

Referiremos en este capítulo y los tres siguientes los milagros de Dios Nuestro Señor á los devotos de Nuestra Virgen de la Peña, aprobados y mandados publicar por el Ilustrísimo D. Bernardo de Rojas y Sandoval, arzobispo de Toledo, con acuerdo de los Señores de su Consejo, en 19 de Octubre de 1609, cuya licencia y probanzas custódianse en Brihuega en el archivo parroquial de Santa María.

Tardaron en publicarse más de diez meses, ejecutándose con los acostumbrados requisitos, cuya autorización termina de este modo: «Publicáronse estos milagros primero domingo de Septiembre, cinco días del dicho mes, del año de 1610, según, y en la forma, y como se declara en la publicación que está á las espaldas de la verificación y probanza que se hizo de los dichos milagros, al pie de la aprobación de los Señores del Consejo del Carde-

nal mi Señor, á que me remito, y se hizo por ante mí Gaspar de Sagaste, Escrivano del Rey Nuestro Señor, de que doy fe. = *Gaspar de Sagaste.*»

Comienza la relación de estos prodigios el año de gracia de 1558 y termina en 1609, comprendiendo los siguientes en esta mitad de centuria:

«Contiguo al templo de Nuestra Señora hay un derrumbadero llamado *la Peña Abajo*; una elevada verja de hierro ofrece una encantadora perspectiva, divisándose los batanes del Rey, el puente sobre el Tajuña, la Huelga de las Señoras, varios artefactos y molinos, alamedas llenas de frondosidad y sombreando el paisaje los severos contornos del Monte Mayor. En 1558, un vecino de Brihuega, llamado Juan Moreno, desvanecido por aquella espantosa altura á que tuvo la imprudencia de asomarse, cayó precipitado al fondo de la sima; invocó en su descenso vertiginoso la protección de Nuestra Virgen tutelar, y no experimentó daño ninguno. Lo mismo sucedió á Bartolomé de la Torre en 1574 y en el referido paraje.

Un doble milagro en aquel año y sitio es digno de especial mención: Una niña de nombre Isabel, hija de Francisco Julián, vecino de

Brihuega, era coja de nacimiento: cayó también al precipicio, erizado de ásperas rocas. Maravilla fué en verdad que la débil criatura quedara ilesa en tan espantoso golpe; pero fué mucho mayor que se levantase curada de repente y por completo de la cojera que padeciera sin intermisión. Admirados todos por este doble prodigio, interrogaban á la niña, que respondía siempre sin vacilar: «Una señora muy hermosa vestida de blanco, que era la Virgen de la Peña, con su mano me sostuvo.»

En 1582 hallábase Juan Barbero, vecino de Brihuega, en el templo de Santa Maria construyendo el monumento de la Semana Santa subido á una escalera de diez varas de altura, que arrastró en su caída, en la que chocó su cuerpo contra unos bancos. Invocó en el aire á la Virgen de la Peña, y cuando los asistentes fueron á levantar al que juzgaban cadáver, se incorporó sin lesión y prosiguió alegre su trabajo.

En 1584 jugaba en el borde de la Peña Abajo un niño de esta villa, llamado Cristóbal Cañudo; resbaló, cayendo á tan horrible profundidad; encomendóse á Nuestra Señora, y no sufrió la más ligera lesión.

Una niña, Ana de nombre, de la misma

población, cayó desde su casa á una cueva de más de seis varas profunda. Oyó la madre el ruido del golpe, y clamó á la Virgen de la Peña; y cuando bajó á recoger los que creía mortales despojos de su niña, la encontró en pie muy alegre y la oyó decir: — «¡Madre, Nuestra Señora me salvó!» (1604).

Al año siguiente cayó á otro sótano desde considerable altura un tierno niño, pues estaba su madre lactándole, quien invocó aterrada á la Virgen de la Peña, y alzando al párvulo, llamado Juan, con indecible emoción hallóle ileso.

El día de la Expectación de Nuestra Señora (1601) estaba en Brihuega, á las ocho de la noche, Cristóbal Lezcano en su casa con su mujer é hijos, llenos de salud y alegría. De repente se llena de angustia y sudor frío oprimido por un terror desconocido y vago: su esposa le tranquiliza encargándole tenga confianza en la Virgen de la Peña, su augusta protectora. Cúmplase el cruel presentimiento de Lezcano; húndense los cimientos del edificio, que se desploma sepultando entre sus ruínas á todos sus moradores. Acuden los vecinos al estruendo, y pálidos de espanto empiezan con azadas á separar los escombros,

creyendo extraer únicamente destrozados cadáveres, y encuentran ¡bondad divina! vivos á todos, sin la más pequeña contusión.

XXV

Hallábase tullido en Brihuega Alonso de Guadalajara (1559), desahuciado por los médicos. Imploró á Nuestra Señora ofreciendo una Novena en su templo, adonde tenían que llevarle en brazos tres personas caritativas. Al tercer día sanó completamente sin recaer jamás.

Juan Ponce, de la misma población, afectado por otra dolencia igual, obtuvo en dicho año una curación idéntica.

En 1560 una mujer muy pobre de Muduex, tan baldada que parecía un cadáver, fué transportada penosamente á Brihuega, donde visitó devota y llena de aflicción el templo de la Virgen por espacio de nueve días. Por la misericordia de Dios é intercesión de su piadosísima Madre recobró la salud y tornó á su casa sin extraño auxilio. Dos años antes había sido también curada con circunstancias idénticas otra mujer tullida.

Residía en Brihuega en 1589 una mujer baldada y tullida, de tal modo que ni aún volverse en la cama le era dable. Eran inútiles todos los medicamentos, pues cada vez seguía más inmóvil: llamábase María del Castillo. Ofrecióse á la Virgen de la Peña, á cuyo templo se hizo llevar en una silla; empezó una novena á Nuestra Señora, y antes de terminar esta devoción se halló milagrosamente libre de su enfermedad, de suerte que, dejando las muletas en que se apoyaba dentro del santuario, marchó saltando de gozo á su domicilio.

Estaba Ana de Azpeitia, natural de Brihuega, tullida y sin movimiento después de gastar inútilmente sus recursos en agotar los socorros científicos (1593). Viéndose más imposibilitada cada día, se ofreció á Nuestra Señora de la Peña, á cuyo templo se hizo conducir, y así que hubo contemplado con tierna devoción la sagrada imagen empezó á moverse con agilidad y con entera salud.

Cayó al suelo desde lo alto de un estante en la sacristía en la parroquia de Nuestra Señora de la Peña en Brihuega D. Andrés Bautista, clérigo sacristán en 1574, clavándose en el abdomen un cetro ancho y de aguzada

punta. Declararon mortal los médicos la herida, y le aconsejaron se encomendase á Dios para que acogiese su espíritu. Así lo hizo fervoroso; mas poniendo su confianza en el patrocinio de la Reina celestial pidió humedecieran en la lámpara del altar un poco de lana en el aceite, y aplicando á su terrible llaga esta compresa curó completamente en veinticuatro horas. Vivió después en su empleo muchos años, bendiciendo, como todos los dolientes sanados por éstos y otros prodigios, á la Madre de caridad, Virgen Santa de la Peña.

Fracturóse una pierna por tres parajes Francisco del Río, vecino de Brihuega, de resultas de una caída, sin poderle curar los cirujanos. Sólo andaba con dos muletas : afligido y atormentado (1600) por acerbos dolores, ofreció una novena á la Santísima Virgen, asistiendo con devoción y congoja, quedando bueno y sano antes de que su piadosa oferta terminase.

Quedó completamente ciego Cristóbal Alcalá, vecino de Brihuega (1604) : muchos dispendios hizo en medicinas y consultas sin obtener la mejoría más leve, sino martirios infructuosos. Acudieron los padres del dolien-

te á la milagrosa imagen de la Peña durante un novenario, á que asistió el desventurado ciego, en la iglesia parroquial, recobrando en este período la vista, mucho más clara que la había tenido siempre antes de su afección.

XXVI

En 1575, día de la Asunción de Nuestra Señora, en el que celebra la villa de Brihuega la solemne festividad de su excelsa Abogada, dos vecinos llamados Juan Barbero y Francisco Pelegrina tomaron dos blandones del Cabildo del Santísimo Sacramento que lucieron en honra de la Virgen en las Vísperas, Misa y brillante procesión por las calles de la dilatada carrera. Terminados estos actos religiosos volvieron á pesar la cera de los expresados cirios que habían estado ardiendo sin intermisión más de cuatro horas, con objeto de satisfacer las mermas, y vieron con asombro inexplicable pesaban aún más que cuando los tomaron para tan piadoso fin.

Renovóse esta maravilla en 1582 con circunstancias análogas, pues aumentó dos onzas el peso de otros dos blandones sin contar va-

rios trozos que se habían corrido al lucir y que, maravillados al ver no disminuían el tamaño, iban recogiendo en la procesión, conservándolos como estimadas reliquias.

En 1579, en tenebrosa noche, retumbando la pavorosa voz del trueno en las sulfúreas nubes, donde serpenteaban los relámpagos cual si amenazase al cielo Luzbel con desesperado rencor, apagóse la lámpara que ardía ante Nuestra Señora de la Peña. Subieron á la torre el sacristán y un hermano suyo por no haber podido encender una vela en el mechero, que tuvieron en su mano, de la extinguida lámpara. Tañeron las campanas mientras duró la tempestad, y al bajar de la torre vieron iluminado completamente el templo y juzgaron sería un incendio abrasador producido por algún rayo. ¡Cuál sería su asombro al contemplar la lámpara milagrosamente encendida y despidiendo torrentes de un resplandor sobrenatural que alumbraba los más recónditos detalles de la iglesia!

La primavera del año 1580 hacía temer por su extremada sequía la pérdida total de las mieses. Acudieron los próximos lugares Romancos, Valdesaz, Yela, Ontanar, Pajares y Villaviciosa á la poderosa intercesión de la

Virgen, con fervorosa rogativa en su templo. Condolida nuestra Tutelar por el llanto de aquellos infelices, obtuvo de Dios misericordioso la suspirada lluvia, que acompañó el regreso de la devota procesión hasta sus respectivos hogares, continuando un temporal tan bonancible que produjo abundantísima cosecha.

Más espantosa aridez se experimentó al año siguiente; en grietas profundas rasgábase el terreno y los corazones se acongojaban con aflicción inmensa. Hiciéronse nueve rogativas para implorar el auxilio de Nuestra Señora; pero ni la más ligera nube cruzaba el candente cielo. Juntáronse los dos cabildos de sacerdotes y resolvieron que todos los moradores de la villa salieran una noche de su recinto descalzos, en señal de penitencia, llevando en procesión á Nuestra Señora hasta la ermita de Santa Ana. Apenas la rogativa hubo arribado al santuario de la dichosa madre de la Inmaculada Virgen, cuando refrigeró la siembra y los corazones repentina y copiosa lluvia.

Sufríase nueva escasez de aguas pluviales en 1582 en los marchitos campos. Acudió Brihuega á su Santísima Protectora; cruzaron las calles llevando procesionalmente la imagen

de la Peña en rogativa. Al día noveno de éstas descargó cual salvador torrente un súbito nublado que interrumpió la marcha del piadoso séquito. La preciada escultura del Trono de la Sabiduría honró la morada del Licenciado D. Francisco de la Fuente hasta que cesaron los raudales de la benéfica lluvia; la cosecha de aquel año excedió las más lisonjeras esperanzas.

XXVII

Catalina Ansúres, enferma deshauciada por los médicos, recibió la santa Extremaunción año de 1587 en Brihuega: estaba ya en agonia y preparábanse á doblar pidiendo por su alma, cuando un niño, hijo suyo, marchó llorando á la iglesia de Nuestra Señora, y con piadosa candidez exclamó ante el altar de hijos:—«¡Virgen de la Peña, sana á mi madre y te daré mi capa!» Y fué tan eficaz esta tierna oración, que en aquel preciso instante queda la madre moribunda sin fiebre, sin dolencia..... completamente sana. Admiraron todos el prodigio, cumplió el niño su voto, y quedó su capita en la iglesia, en memoria de

este milagro, suspendida junto al altar de la Virgen.

Hallábase agonizando un médico en Brihuega (1593); sus compañeros abandonaron la estancia juzgándole cadáver: acudió multitud de gente á dar el pésame á su familia, trajeron hábito de Carmelita para amortajar al difunto y la cera para el entierro. En estos momentos terribles un hijo del médico, niño de muy pocos años, acude sollozando al templo de Nuestra Señora á pedir la salud de su padre moribundo. Simultaneamente un breve sudor del enfermo precede á su curación repentina; bendicen todos á la Virgen, y llevan para alumbrar, en señal de regocijo, su santuario los blandones para el entierro prevenidos.

Así la inocencia de los niños, la conmiseración divina por los ruegos de la Puerta del cielo obtuvo, quien desplegó de su piedad tesoros en favor de muchos párvulos de Brihuega y otros lugares afligidos por incurable mal.

Andrés Sanz en 1561, Baltasar de Anquela en 1589, Pedro y Gabriel del Río en 1600, Andrés Rojo en 1602, Juan de Burgos, Cristóbal y Juan Lescano (1604), niños éstos de Brihuega, y en 1605 Juan Yáñez, que lo era de Torrientes, consiguieron prodigiosa cura-

ción por medio de novenas ó misa en el ara de nuestra egregia Protectora, quienes al mirarse repentinamente sanos, gritan con júbilo infantil:—¡La Virgen me curó!

Alonso Portugués, niño de Brihuega, que padecía enfermedad incurable, arrodillase con aflicción y congoja ante la sagrada Virgen, en 1589, el día víspera de su Asunción, y clama con devota humildad:—«¡Virgen de la Peña, sanadme, que yo os ofrezco un blandón, pues mi padre, que está en Indias, me enviará dinero para comprarlo, y si no me lo enviase lo pediré para este fin por el amor de Dios!»—Y apenas pronuncia estas palabras se incorpora bueno y sano para toda su vida. Otro llamado Francisco, de tres años de edad, por cuya salud había ofrecido su madre una novena á la Virgen, hallábase casi espirante y con extraño desasosiego al séptimo día de empezar dicha devoción. Acongojada, pero sin vacilar, su madre, toma en sus brazos al niño, condúcele á la iglesia y suplica á Nuestra Señora su salvación; toma un poco de aceite de la lámpara con el que fricciona al doliente, quien exclamaba con doloroso gemir: *¡Virgen de la Peña, sáname!* Quedóse al punto dormido, y al despertar extiende su manecita hacia

la santa efigie, y dice á su buena madre:—
¡Aquella Virgen me ha sanado! (1608)

Obtuvieron igualmente la curación de un niño de tres años (1592) natural de Brihuega, llamado Marcos, de otro dicho Gabriel (1609), de Francisco Carpintero y Alonso Barbero el año anterior, y de Felipe Sanz de Almadrones, el primero de cinco años de edad, el segundo de siete y de tres los últimos, los ruegos y lágrimas de sus madres, que llevaron sus hijos moribundos al santuario de Nuestra Señora de la Peña, quien recompensó su acendrada fe religiosa haciendo sanaran repentinamente los tiernos infantes sin esperanza de vida, por sus padecimientos rebeldes á la ciencia humana de curar.

Había en el pueblo de Balconete una niña de dos años llamada Catalina Bermejo, quien estando completamente buena y sana quedóse muerta de improviso una noche en los brazos de su madre. Recordando esta piadosa mujer los muchos milagros de la Santísima Virgen de la Peña, la suplicó con fervor entre lágrimas y desgarradores gemidos la devolviese aquella hija, ofreciéndola á su devoción mientras viviese. Amortajaron á la niña, pero la madre no cesó de invocar á Nuestra Señora, y

cuando se ocupaban en los preparativos de enterrar á la pequeña difunta, abrió los ojos repentina y enteramente sana, embellecidos su rostro infantil con la sonrisa de un ángel. Gozosos los padres, y reconocidos á tan sublime prodigio, llevaron á Brihuega su hija, la ofrecieron á la Virgen misericordiosa, y dejaron en su templo, como un recuerdo sagrado, la mortaja de la niña resucitada.

XXVIII

Los milagros contenidos en este capítulo se aprobaron y publicaron en 1625, con provisión de los señores del Consejo de la Gobernación de Toledo, cuya prueba autorizó el referido escribano Gaspar de Sagaste.

María de Cara, natural de Brihuega, estaba tullida, coja y con una espantosa deformidad torácica: los médicos declaráronla incurable. Ofrecióse con ansias de su corazón á Nuestra Señora de la Peña la doliente, y el día de San Roque (1615), segundo de la octava con que todos años se solemnizan su Ascensión al cielo y su aparición á la hija del Emir, invocando

el amparo de la Abogada celestial sanó de todos sus males y corporal defecto.

La Noche Buena de 1614, Ana Muñoz, esposa de Francisco Molinero, vecinos y naturales de Budia, fué atacada por un súbito accidente de perlesía. Quedó baldada de un lado y sin poder articular una palabra; fué tan terrible el accidente que los médicos juzgaron era mortal, pues ni aun podía tomar alimento. Ofrecióla el marido á Nuestra Señora de la Peña, y al punto experimentó la doliente alguna leve mejoría. Descuidó su esposo el cumplimiento de su voto, y á los seis meses se recrudció su hemiplegia con nueva intensidad. En esta aflicción, y á ruegos de su esposa parálitica, dispuso el 10 de Setiembre de 1615 llevarla ante la imagen de la Virgen de la Peña. Ataron sobre una caballería á la desdichada á fin de que no se cayese por su inmovilidad y cadavérica rigidez. Obtenido permiso del párroco en atención al motivo de la súplica y en caridad á la doliente, ella y su cónyuge se quedaron en la iglesia de Santa María dentro de la capilla de los Ruizes, sita junto al altar mayor, al lado del Evangelio. Durmióse un rato la fatigada enferma, sintiendo al despertar como un interior impulso de levantarse de

su lecho de dolor y pasear sobre las losas del templo. Lo realizó, atónita de alegría, encontrándose libre de su gravísimo accidente, brotando la voz de su afónica garganta para bendecir á Dios y á la Santa Virgen, y gritar: ¡Milagro! ¡Milagro! al correr por las naves de la iglesia.

El 10 de Setiembre de 1624, una niña de nueve años, hija de Cristóbal Manzanares, vecino de Brihuega, cayó al suelo desde lo más alto de su casa. Juzgaronla muerta sus padres, considerando la elevación del edificio y lo tremendo del golpe; mas la niña invocó en el aire la protección de la Santísima Virgen y se levantó radiante sin la más ligera contusión, ensalzando las glorias de Nuestra Señora de la Peña.

XXIX

Desde 1625 hasta nuestros días no hay aprobación eclesiástica que autorice como milagros los sucesos maravillosos que, por ser análogos á los anteriores, atribuye la fe religiosa del pueblo birocense á la altísima protección de aquella Madre admirable, Virgen

clemente, Salud de los enfermos y Reina de todos los Santos.

Hállanse escritos hasta 1732 en la Historia del P. Béjar, en los cuadros que adornan los interiores muros de la iglesia de Santa María, ó conservados en relatos y narraciones piadosas desde el año referido. Elegiremos para no fatigar la atención de nuestros benévolos lectores tres de estos sucesos maravillosos: el primero corresponde al siglo xvii, el segundo al xviii y el tercero al actual ⁽ⁿ⁾.

1681. — D. Juan Cubero, cursante en la asignatura de Lógica, queriendo coger unas rosas que había en un rosal del jardín de la iglesia de Santa María de Brihuega, cuya puerta estaba cerrada con llave, descendió por la galería ó mirador, y saltando á las tapias del huerto, se agarró á un pedrusco para afianzarse al bajar por las escarpadas rocas, base del venerable santuario. Desprendióse de la pared la piedra que le servía de apoyo y pesaba más de ocho arrobas, y cayó arrasando al estudiante á una profundidad de treinta y siete varas, rozando por peñascos ásperos y agudos que erizan los cimientos graníticos del templo. En tan extremo peligro no sufrió empero el daño más leve por su

espantosa caída, tanto que, lleno de alborozo, subió á la torre y repicó las campanas para noticiar este milagro á los moradores de Brihuega, que mezclaron sus himnos y loores á la Virgen con el estruendo de los bronces.

En aquel tiempo, y muchas veces después, siendo sacerdote refirió este episodio de su juventud, afirmando que le había librado de tan horrible muerte Nuestra Señora de la Peña, pues invocándola fervoroso cuando se derrumbó abrazado con el pedrusco, vió un resplandor más bello que el de la aurora, y cuando llegó al fondo del precipicio no sintió el duro choque de los peñascos, sino el roce suavísimo de un blando lecho de jazmines.

1730. — En la corrida de toros que anualmente se verifica en Brihuega á los dos días de su festividad de la Asunción, se arruinaron las casas de Ayuntamiento y una extensa galería con vistas á la plaza. Más de trescientos hombres en el edificio y una multitud de muchachos estaban á la sazón; cayeron todos envueltos entre las ruínas, y sólo resonaba por doquier un estridente y prolongado clamoreo, velando densa nube de polvo aquella hirviente tumba que brotaba gritos desgarradores invocando á la Virgen de la Peña.

En presencia de este trágico suceso, todos olvidan que un toro bravo estaba suelto en la plaza bramando de furor. De los contiguos edificios se desborda jadeante muchedumbre en el paroxismo de un terror pánico: las madres, las hijas, las esposas, las hermanas llamando á las prendas de su corazón, lanzándose los hombres infatigables, intrépidos, á salvar de entre los escombros las agobiadas víctimas: y á todo esto la fiera permanecía inmóvil en el centro de la plaza, mansa é inofensiva cual si estuviera encadenada por una mano invisible... ¡Milagro sobre milagro!... ¡Ni un cadáver, ni un herido fué encontrado en las ruínas; se habían salvado todos; únicamente algunos niños con leves contusiones!

Un prolongado trueno de bendiciones á Dios y á la Virgen de la Peña dominó el estruendo de la agitada población y subió desde la plaza, teatro de la catástrofe, al cielo, que tanta piedad había demostrado; el Ayuntamiento y vecindario birocense marcharon todos desde allí al templo de Nuestra Señora para rendir tributo de gratitud en religiosa solemnidad.

1868. — Con motivo de la espantosa sequía que atravesaba el país en la primavera de este

año, se hicieron en Brihuega rogativas solemnes, llevando á su santa Protectora, Nuestra Señora de la Peña, procesionalmente á los demás templos de la población. Obtenida la suspirada lluvia, regresó la imagen sagrada á su santuario en aquella misma tarde, día 28 de Abril, desde la parroquia de San Juan. Al pasar la procesión por una de las calles del tránsito sucedió un incidente tan maravilloso como tierno.

Una de las muchas palomas que se lanzaban libres á los aires al cruzar la Santísima Virgen, en vez de remontar el vuelo con sus hermanas, marchó á posarse en el hombro de la imagen bendita, sin espantarse del resplandor de las luces, del ruido de la multitud, de los cánticos sagrados, ni de los cohetes y detonación de las armas de fuego con que se celebraba el paso de la procesión.

En vano los sacerdotes procuraban ahuyentar á la paloma; en vano la muchedumbre arrojaba gritos de entusiasmo; en vano soltaron á su redor otras para que á su ejemplo se marchase. ¡La inocente avecilla se obstinó en no separarse de la Virgen, morando en el camarín que está á espaldas del trono de Nuestra Señora de la Peña, de quien se declaró vo-

luntariamente esclava! ¡Admirable lección de la Providencia!

Finalmente, ¿no es en verdad milagroso que en los numerosos hundimientos de los edificios en Brihuega durante las noches tristes de Setiembre de 1877, no hayamos tenido que lamentar desgracia personal alguna?

XXX

Recuerdos puros de la niñez, afectos sagrados de familia, las emociones más nobles de la existencia despiertan en nuestro corazón las sombras de vuestro augusto santuario, ¡oh dulce Virgen, mansión dorada, torre de marfil, cuyo nombre va escrito en los rayos del sol y en el centelleo misterioso de los astros de la noche!

¡Empresa digna de superior talento, de cántico más bello y armonioso son, Virgen de la Peña, vuestras magníficas glorias! ¡Roca del Horeb que brota rica fuente en el desierto, célica sonrisa en la oscura noche de dolor, Madre del Amor Hermoso, tened misericordia de los desterrados en este valle de lágrimas! Implorad de vuestro Hijo adorado, que descendió

del cielo para salvar nuestras almas, no se marchite para ellas el fruto de la santa Redención.

¡Virgen Santa de la Peña, bien sabéis cuánto Brihuela os ama! Vuestra historia es la suya desde que resonaba en sus cumbres, en aquellos días apocalípticos, el carro estridente de los invasores visigodos. En Vos confiaban los adalides birocenses que en torno del pendón arzobispal deshicieron las encadenadas filas de los almoravides, y plantaron por mano de Mendoza en las torres de la Alhambra y con Cisneros en los altivos minaretes de Orán el lábaro santo de la cruz.

Hoy con la misma religiosa fe se inscriben en la brillante cohorte que, bendecida por Su Santidad León XIII, presidida por nuestro digno Arzobispo, secundada por los egregios Prelados, Obispos, clero español é ilustre pléyade de elevadas inteligencias constituye la Unión Católica.

¡Virgen piadosa., proteged á España!

¡Reina del cielo, proteged á nuestro rey Alfonso XII! ¡Madre de Jesús, proteged á su Vicario en la tierra!! ¡A Vos pide consuelo el corazón que llora, el enfermo salud, pan el necesitado, divina inspiración el pensamiento!

¡Oran á vuestros pies el digno sacerdote, el íntegro jurisconsulto, la virtuosa madre, la candorosa niña!

¡Bendita seáis, Virgen Santa! Ocho siglos hace, Señora, que os decía Elima las palabras de Ruth á Noemi: — « Iré adonde quiera que tú vayas; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios »; en las márgenes del Tajuña resonará siempre la dulce plegaria de la hija del Emir á la hija predilecta de Jehová:
¡ DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE !!

POESÍA

A NTRA. SRA. LA VIRGEN DE LA PEÑA

Estrella misteriosa de los mares,
Que de ópalo entre nubes se diseña,
Deslumbra de Brihuega en los altares
La imagen de su Virgen de la Peña.

Vergel divino de azucena y rosa,
Gemido suave del laud cristiano,
Sois, Reina de los Angeles, hermosa
Cual espléndida aurora de verano.

Desciendan de las cumbres del Carmelo
Raudales de inefable melodía,
Y el mar que ruje amenazando al cielo,
Humíllese ante el nombre de María.

Murmullo dulce, celestial halago,
Ese nombre percíbese en el alma

Como el rumor del ondulante lago,
Como el cimbrar de temblorosa palma.

Árido el valle, la pradera mustia,
Los campos devoraba la sequía;
Sombria nube de terrible angustia
La mente de sus hijos envolvía.

¡ Vedlos al pie de los altares santos
De esa Virgen bendita de la Peña,
Que á sus fervientes súplicas y llantos
Piadosa Madre atenderá risueña!

Ella implora al Señor; lluvia á torrentes
Refresca el campo de Brihuega... brota
De esperanza la flor... sobre las frentes
La bendición de nuestra Virgen flota.

Su puro cáliz desplegar las flores
Cual miramos de Abril en la mañana.
¡ Cantemos á la Virgen, trovadores,
Al resplandor de nuestra fe cristiana!

Sólo en el cielo se hallará el idioma
Que explique dignamente su grandeza.
¡ Salve, Madre de Dios, blanca paloma,
Océano de luz y de pureza!!!

¿No escucháis el vibrar de las campanas
Que rasga con estrépito los vientos,
Llevando á las aldeas comarcanas
Rica explosión de nobles pensamientos?

Contempla, sí, tu Virgen milagrosa
Cruzar Brihuega tus henchidas calles:
En la región etérea luminosa
Se exhalan los aromas de tus valles.

Tus muros con adornos se tapizan,
Despiden las antorchas sus reflejos,
Y el triunfo de la Virgen solemnizan
Cristianos y magníficos festejos.

Ya el religioso cántico resuena
Que armonías despierta celestiales,
Y el incienso en la atmósfera serena
Ondula en vagarosas espirales.

Ya del templo en la bóveda sombría
No retumba fatídico lamento:
El pueblo os acompaña ; Madre mía !
Extático ante Vos su pensamiento.

Tornad, Virgen, tornad al rico trono
Donde su Reina os aclamó Brihuega ;

Vos no la dejaréis en abandono
Si el infortunio á sus umbrales llega.

Diamante sois que apareció en la roca,
De célicas bondades cual tesoro,
Y altivo vuestro templo se coloca
Cabe las ruínas del castillo moro.

Si entre nubes de púrpura y topacio
La luna al horizonte se aproxima,
¿No parece flotar en el espacio
La dulce sombra de la infanta Elima?

Ruedan los siglos cual gigantes olas,
Himno triunfal de vuestra gloria santa,
Y orlada con divinas aureolas
La Virgen de la Peña se levanta.

Mas tímida paloma, en raudo vuelo,
(Obsequio cariñoso de Brihuega)
Mensajera tal vez del almo cielo
Hasta la imagen de la Virgen llega.

¿Adónde vas, paloma misteriosa?
En vano la ahuyentáis; copo de nieve,
Cabe la imagen de Jesús reposa,
Y el sol de gloria á resistir se atreve.

Desdeña de la pólvora el estruendo
La hirviente muchedumbre no la extraña;
¡Palomas por los aires van huyendo
Y ella (LIBRE) la imagen acompaña!

¡Gloria y honor de Nazareth al lirio!
El júbilo en los rostros centellea,
Llora el pueblo de gozo, y con delirio
A su Santa Patrona vitorea.

Hoy, Brihuega, mi lira te consagro:
¡Cantemos del Señor las maravillas!
¿Podieran á tu Virgen, sin milagro,
Homenaje rendir las avecillas?

Paloma del Edén, bella emisaria
Abandonas tu amor y tus hijuelos,
Y cruzas tu existencia solitaria
Al lado de la Reina de los Cielos.

Dejas tu libertad; con noble orgullo
Al templo santo de la Virgen subes,
Mezclando á nuestras preces dulce arrullo
Y al cántico que elevan los querúbes.

A tí, paloma, de candor emblema,
Han de llamar bendita las edades,

Que hoy un rico florón á la diadema
De nuestra Virgen milagrosa añades.

¡Madre de Dios, cual esplendente faro
Surgís piadosa en el divino puerto:
Oid nuestro clamor, sed nuestro amparo
Dé la vida en el árido desierto!

Sombria noche de dolor avanza,
Y el corazón en lágrimas se anega;
¡Iris de paz, de gloria y de esperanza
Seréis para los hijos de Brihuela!

CAMILO PÉREZ MORENO.

15 Agosto 1868.

NOTAS ADICIONALES

(a) El primer juez de Brihuega y último corregidor fué D. Andrés Ruiz, víctima de nuestras guerras fratricidas. El primer alcalde por elección popular fué D. José López Bermejo, antiguo tesoro de la Real Fábrica de paños de esta villa.

(b) D. Antonio Ballestero costeó notables mejoras en 1850, restaurando el altar mayor.

(c) Este convento, transformado en fuerte durante nuestras guerras de la primera mitad del siglo, contiene hoy el Juzgado, escuelas de niños y hospital.

(d) D. Carlos III, rey de España, regaló en 1782 al sultán de Turquía veinte piezas de paño de Brihuega, admiración de los más inteligentes que las vieron.

(e) Los habitantes de Centóbriga, sitiados por los romanos, expusieron en la brecha á los hijos de Rhetógenes para que en el asalto perecieran. Sin arredrarse por ello dispuso aquél avanzasen las legiones; mas, generoso el cónsul Metellus, prefirió levantar el campo antes que tomar la ciudad á costa de tamaño sacrificio. Esta conducta le granjeó las simpatías de los carpetanos, que tan vigorosamente

le habían resistido en Contrebia. — (Cuadrado : *Recuerdos y bellezas históricas de España*, tomo II.)

(f) *Catálogo de los brihuegos más notables según nota del Sr. Sepúlveda, además de los expresados en el texto de la obra.*

1.º Fray Benito de Jesús María Trijueque y Carpintero, hijo de Juan y de Lucía, feligreses de San Juan : fué labrador en su juventud, y habiéndose herido con un hacha gravemente haciendo leña en el monte, quedó estropeado para el trabajo corporal: entró de lego en el convento de Brihuega, pasando después al de Pastrana (ambos de frailes Carmelitas), muriendo año de 1614 en olor de santidad.

2.º Fray Diego de Ansures, Comendador del hábito de San Juan.

3.º Francisco Ruiz de Valdivieso, abad de Santa Coloma, dignidad de la catedral de Sigüenza, murió en 1602.

4.º Hernando Ruiz, abad de Santa Coloma, murió en Sigüenza á 14 de Setiembre de 1606, y fué enterrado en su capilla dotada en la iglesia de Santa María de Brihuega.

5.º Francisco Ruiz, abad de Santa Coloma, murió el 17 de Agosto de 1608 á los veintisiete años de edad, y fué dos años el jefe superior de la Abadía.

Todos estos Ruizes fueron parientes, sucediéndose en la Abadía, notables por su virtud y ciencia, y esclarecidos oradores sagrados.

6.º Fray Bartolomé de Mayo tomó el hábito en San Diego de Alcalá el año 1644, profesó y pasó después al convento de San Francisco de Pastrana,

para volver al poco tiempo al de Santa María de Jesús, siendo ya famoso teólogo y clásico predicador, mereciendo ser nombrado Conventual de la Orden, y Guardián, por último, de Nuestra Señora de los Angeles de Porciúncula de Sigüenza, donde, como en todas partes, fué muy estimado por su predicación y doctrinas, muriendo en Madrid en 1681 después de haber desempeñado las más honrosas comisiones de la Orden.

7.º El Maestro Sebastián Durón, de quien ya hemos hablado, murió en 15 de Agosto de 1715. Cien años después (24 Agosto 1815) fué enterrado en Santa María de la Peña, en Brihuega, Blas Benito López, músico de la Real Capilla de Madrid.

8.º D. Antonio Viruega (Brihuega), autor dramático, escribió en 1720 *El premio de la limosna ó El tirano limosnero*, cuyo manuscrito está unido en la Biblioteca Nacional á una comedia anónima titulada *La mejor reina del Norte*.

9.º En nuestros días ha escrito dos obras muy notables tituladas *Influencia de la mujer*, que tiene capítulos preciosos, especialmente el que titula *La Hermana de la Caridad*, y la obra didáctica *Las Virtudes*, el joven publicista D. Antonio Pareja y Serrada, nacido en Brihuega.

10. Retrocediendo tres siglos nombraremos á un hijo de esta villa llamado Bartolomé Ponce, célebre maestro relojero del siglo xvi.

11. Ilmo. Sr. Pérez Carpintero, obispo de Yucatán. Fué nombrado obispo de Honduras, virreinato de Méjico, en Mayo de 1700, siendo á la sazón religioso en el convento de San Norberto de Madrid. Fundó la capellanía que hoy posee en Brihuega el presbí-

tero D. Diego Ruíz del Castillo, dignísimo individuo del muy excelente clero de esta población.

Consérvase en el Archivo de la villa un autógrafo del Ilmo. Sr. Obispo contestando á la felicitación que el Ayuntamiento y vecindario de su población natal le escribieron con motivo de su elección como obispo de Honduras, y que copiada á la letra dice así:

« Noble é ilustre villa de Brihuega y Regimiento:
» El favor (efecto de las nobles atenciones de VS.^a),
» que me hace en su carta, logra en mi estimación el
» primer aprecio que se merece, siendo el parabién
» que VS.^a me da cierta demostración del placer que
» le asiste, con que aprueba la elección del obispado
» de Honduras, honrra que el Rey que Dios guarde
» (aunque sin merecerla) me ha dado: empleo feliz
» si con la mitra acierto á servir á VS.^a cuando las
» obligaciones de ser hijo de la patria empuñan mis
» afectos que explicarán las obras, si mereciese á
» VS.^a repetidas órdenes de su agrado. Nuestro Se-
» ñor guarde á VS.^a muchos años. Deste de San Nor-
» berto de Madrid, Junio 5 de 1700. — Noble villa de
» Brihuega. — B. L. M. de VS.^a su más seguro servi-
» dor, Fr. J. Pérez de Carpintero, electo obispo de
» Honduras. »

12. Fray Mariano Morón y Pastor, religioso franciscano, misionero en la Tierra Santa por espacio de quince años, natural de Brihuega, bautizado en la parroquia de San Miguel Arcángel. Fué su tránsito á la eternidad á 1.º de Febrero de 1881 en la ciudad de Alepo (Siria). Ejerció su ministerio apostólico en Damasco y en Jaffa: fué párroco en Ramá, y desde allí pasó á Belén, donde desempeñó ocho años cargo idéntico á pesar de su quebrantada salud. Descansó

en manos del Señor su espíritu después de una existencia de virtudes y trabajos evangélicos á los cuarenta años de edad. Su nombre debe vivir como uno de los timbres de Brihuega, dedicándole un recuerdo en nuestro libro.

Finalmente, mencionaremos á D. Narciso Riaza, diputado por Brihuega en 1843, y últimamente Juez de Toledo; á D. Mamerto Perez Diego, Magistrado; y á D. Matías Bedoya, Gobernador civil de varias provincias; á los diputados provinciales, ya difuntos, D. Camilo López y Gómara, D. Francisco Gómez y D. Ramón Ballester. D. Antonio Hernández López y D. Angel Herraiz, diputados á Cortes, son hijos de familias brihuegas.

No queremos ofender la modestia de los distinguidos sacerdotes y seglares naturales de Brihuega que hoy existen, cuyos nombres y méritos son universalmente conocidos y apreciados; y así, aunque con sentimiento, no estamos autorizados para consignarlos hoy.

Advertiremos que el ya citado D. Juan García Barranco fué alférez mayor y regidor perpetuo en la Puebla de los Angeles, ciudad de Méjico, donde falleció en 1619.

Y para que no se nos acuse de mencionar á los liberales solamente, terminaremos este catálogo con los nombres de D. Manuel Rodríguez Mendarozqueta de la Cerda, que tanto figuró desde 1868 á 1874 en el partido carlista; el del intrépido Bermejo, tan distinguido en la guerra civil, y el del fabricante Ortega, que planteó la obra y artefacto que llevan el nombre de *Noguerales*.

(g) Las obras de D. Tomás de Lucio publicadas

son: 1.^a *Historia Sagrada, ó sea Antiguo y Nuevo Testamento*, en 2 tomos, recomendada como obra de texto para los Seminarios conciliares y Escuelas normales. 2.^a *Institutio elementaria dogmatica theologica de Sacramentis*, adoptada de texto en varios Seminarios eclesiásticos.

D. Fernando Sepúlveda ha dejado inéditos varios trabajos curiosísimos acerca de las antigüedades de Brihuega, de quien ha sido perspicuo y laborioso cronista; pero los más interesantes, por ser de utilidad práctica, son: primero: Una obra relativa á la hidrología de esta población y su término. Segundo: *La Flora de la provincia de Guadalajara*, obra que comprende el estudio de dos mil especies de plantas espontáneas, precedido por un amplio trabajo descriptivo de la *Hidrografía, Orografía, Geología y Climatología* de toda la provincia.

Esta obra representa el trabajo y constantes desvelos de más de veinticinco años, habiendo conseguido elevar la riqueza botánica de esta provincia á una cifra superior á la de la Flora de la provincia de Madrid, la única que hasta el día se ha publicado en España.

Ha merecido justamente este gran libro distinciones valiosas en varias Exposiciones científicas y provinciales, y últimamente la gran medalla de Honor en la Exposición farmacéutica de 1882.

(h) El monumento del campo de batalla de Villaviciosa, según el diseño del inteligente arquitecto provincial D. Vicente García Cardiel y Ron, consiste en una elegante cruz en cuyo árbol está la fecha 10 Diciembre 1710 de la memorable jornada militar, tan gloriosa para las armas españolas. Esta cruz

sencilla de piedra debe ser respetada por todos los españoles, sin distinción de partidos, pues únicamente representa la idea religiosa y un homenaje al valor de aquellos ínclitos guerreros que espiraron en defensa de su religión católica, de su patria y de su Rey. En el pedestal del monumento fúnebre puede establecerse un altar de campaña para ofrecer el precioso y santo sacrificio de una misa rezada por las almas de aquellos buenos españoles el 10 de Diciembre de cada año, aniversario de la batalla de Villaviciosa.

(i) Justo es consignar los nombres de los cirujanos D. Basilio Salido, que sucumbió en el cólera de 1855; D. Antonio Delgado en las tifoideas de 1861, igualmente que el médico D. Lorenzo Atienza, acreedores á vivir en la memoria de sus conciudadanos. Asimismo merece un recuerdo de gratitud por su brillante comportamiento, en un período de treinta años, en todas las invasiones epidémicas, el Subdelegado de Medicina D. Manuel Pérez y Peña, inteligencia colosal encerrada en una organización de hierro.

(j) Aunque basada nuestra narración en diferentes escritos que constan en el Archivo de la villa de Brihuega, copiaremos literalmente el más auténtico y principal que refiere este hecho prodigioso:

« El rey Aly Maymón poseía la villa de Brihuega, dióselo al rey Don Alonso; y dada la villa al rey envió un Canónigo de la Santa Iglesia de Toledo con mucha gente montañesa para que la poseyesen. Fué el moro á Hita venido D. Alonso, y se quedó en la villa una hija suya llamada Elima, con unos seis ú ocho moros de su guardia en el castillo de la Pie-

dra Bermeja. Esta era hija de una cautiva cristiana, y quedó en su compañía un esclavo de quien el rey moro se fiaba mucho y no era menos querido por la hija, á la cual dió noticia el Cimbres, que así se llamaba el esclavo, como era hija de cristiana y que su madre era una santa. A esto le preguntó la mora qué cosa era la ley de los cristianos. El esclavo se la dijo muy bien, pues la vino á enseñar la Santa Fe y las cuatro oraciones; y reparó mucho esta señora diciendo que quién era Reina y Madre. Y el esclavo la decía rogase á ella (*la respuesta exacta*), la cual salía de noche á aquel terreno de la peña, y allí con grandes lágrimas suplicaba á la Virgen. Fué vista de ella y se lo contó al esclavo, y le enseñó la parte donde la veía y se aparecía la Reina y Madre, que era sobre los olmos de la misma peña, que vió la tal señora cuando se desapareció la visión que se hundía entre los mismos olmos. Luégo mandó á los esclavos y al Ponce que procurasen sacar de entre aquellos olmos á la Reina y Madre, porque, si estaba entre ellos, no cayese la peña abajo. Obedecieronla, y con unos cordeles fuertes bajó el más ligero, y halló bien abajo, entre las raíces espesas de los olmos, en un escollo de la peña, á la Virgen Santísima, y dando voces que le subiesen refirió lo que había visto. Y la señora dijo trajesen á su presencia al Canónigo, y encargóle mucho sacasen la Reina y Madre de aquel peligro en que estaba: lo que se hizo con la reverencia y aplauso que se pudo imaginar. La señora Princesa pidió que la hiciesen ermita allí por su devoción; y todo el tiempo, con grande extrañeza y con las maravillas de la Virgen de la Peña, y la gran devoción de la villa y pueblos

comarcanos, acudían á visitarla en todos los tiempos del año. Murió esta santa señora algunos tiempos después de su bautismo y se mandó enterrar en la ermita junto á la Reina y Madre. Los moros dieron (*á raíz de la aparición*) relación al padre de este suceso tan admirable, de lo que el padre se holgó mucho. »

NOTA. Esta es la referida carta del Lic. D. Francisco Ruíz de los Santos, Cura propio de la parroquial de la villa de Illescas, al Lic. D. Juan Rodríguez, Cura propio de la iglesia de Nuestra Señora de la Peña y á su Cofradía de este título. Consérvase en su Archivo.

Está fechada en 3 Octubre 1637, copiada de un antiquísimo libro casi ilegible, y confirma las antiguas tradiciones de la aparición y hallazgo de la imagen de Nuestra Señora de la Peña de Brihuega: el expresado manuscrito contenía otras tradiciones, y entre ellas la de Nuestra Señora de Guadalupe. (P. Béjar, pág. 123.)

(1) « Estaba en Brihuega un moro noble llamado Alycano, cuya ciega vida había sido en su misma secta derramada: dícese que era pariente del rey Almenón, y quedóse en Brihuega cuando fué el Rey moro á Hita, amante al parecer finísimo de la Infanta. Murió, ó porque le dió una estocada de muerte un cristiano mozárabe, como se deduce del original, ó porque naturalmente habían llegado los días de su vida. Esta muerte de Alycano fué en ocasión que el pueblo, devotamente alborozado, llevaba á la imagen de Nuestra Señora de la Peña para colocarla en su primer trono; y al pasar esta Señora renovando sus antiguas piedades, cobró vida el moro,

quien reconocido del prodigio pidió el agua del Bautismo, confesando que la Ley de Cristo era la verdadera, y que debía su resurrección á la imagen de Nuestra Señora que hallaron en la peña, por los prodigios que había oído pasaron con su parienta Elima.» (P. Fr. Francisco de Béjar, pág. 228.)

«Luégo que los suspiros de Elima lograron la visión de esta soberana Reina, apareciéndose entre los olmos de la peña, y que por las misteriosas señales buscaron la imagen escondida y la hallaron en la peña, refieren los escritos de la tradición este prodigio (*el que acabamos de copiar íntegro*) que sólo pueden suspender los asombros la continuación de sus milagros.» (P. Béjar, pág. 228.)

(m) Desde las dos de la tarde del 5 de Setiembre de 1877 hasta las diez de la mañana del siguiente día 6 estallaron ocho terribles tempestades, á cuyo furor y aguaceros se desplomaron más de cuarenta edificios. ¡Ha llegado el fin de Brihuega! parecía decir la voz rugiente del trueno y del huracán. Condensábanse las nubes más espesas, y ardiendo en electricidad la tormenta amenazaba ser última y decisiva. ¡Suenan las campanas de Santa María; va á celebrarse un Novenario á Nuestra Señora de la Peña; la tempestad amenazadora enmudece y huye á la voz de la religión! ¡Sonríe el cielo, sonríen los corazones! ¡Virgen Santa! ¡Brihuega se ha salvado!

(n) Recomendamos á nuestros amigos y paisanos la apreciable lectura de estos sucesos prodigiosos en la Historia del P. Béjar, así como los capítulos referentes á Don Fernando I rey de Castilla, traslación del cuerpo de San Isidoro desde su sepulcro en Se-

villa á la catedral de León, las investigaciones históricas y etimológicas de Brihuega; las narraciones maravillosas de la conversión de Alí, hermano de Elima, así como la biografía de Santa Casilda y las razones de Ossorio, sosteniendo ser ambas hijas del rey moro de Toledo una misma persona. El origen del voto hecho por Brihuega en 1358, renovado en 1503, y suprimido en 1836, de ir en romería al convento de Sopetrán, llevando ofrenda á Nuestra Señora de los Angeles, probando con esto que su devoción á la Santísima Virgen no era intransigencia ni exclusivismo de localidad, sino que salvaba tan limitados horizontes en alas de su fe. Ambas imágenes, tan semejantes en su nombre y circunstancias de su aparición á los hijos del Emir, son idénticos reflejos de la gloria de nuestra Abogada celestial, cuyos loores cantan las ondas del Tajuña y del Henares.

También debe leerse en el P. Béjar el real privilegio que hemos extractado en el capítulo II de nuestra modesta y breve tradición religiosa. La carta del Lic. D. Francisco Ruíz, base de las narraciones sucesivas del Rector Ossorio, P. Béjar y sermones del Lic. D. Antonio Delgado, está copiada literalmente en la página 123. En la 228 refiere la milagrosa resurrección del mahometano Alí en Brihuega á raíz de la invención de la santa efigie. Debemos advertir que las relaciones de Ossorio y Delgado en el siglo XVII, la de Béjar en el XVIII, y la nuestra son idénticas en el fondo, si bien embelecidas con los fulgores de la imaginación ó las galas del lenguaje.



RECTIFICACIÓN

En la página 11, línea 9, dice *longitud*, y debe decir *latitud*.

Esta obra se halla de venta en Brihuega, casa del Tesorero de la Cofradía, y de don Manuel Pérez Bermejo. Su precio en rústica es **3** reales la edición económica, y **4** la de mejor papel.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Cántico á Polonia.

Brihuega y Villaviciosa (Episodios gloriosos).

Reseña histórica de Guadalajara.

Poesías religiosas.